

BOULLEBROS BRUGERA
PUNTO
ROJO

un cadáver en la playa

joe mogar



FRONT

COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

UN CADAVER EN LA PLAYA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 717
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 45.271 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1976

© Joe Mogar, 1976

texto

© Salvador Fabá, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

395 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.305 — La llamada de Siva.

En Colección CALIFORNIA:

878 — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 — Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

858 — Tumbas en la cascada.

En Colección KANSAS:

799 — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

705 — El contrato.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 — Una silla de montar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

105 — Sorpresa en la noche.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

204 — La venganza de Larry Tempal.

CAPÍTULO PRIMERO

Me puse en pie tan pronto como la vi entrar, rodeé a la inversa la mesa de mi despacho y, con un mudo gesto, le indiqué que se sentara en uno de los sillones e hice lo propio en el otro, frente a ella.

Era rubia, y de no más de veintisiete años de edad. Tenía los ojos grandes, rasgados y azules; era también muy bella. Su piel se había tostado al sol, quizá en una playa o en una piscina. Vestía un traje de chaqueta, la falda podía conceptuarse como minifalda. Las piernas eran perfectas, todo era perfecto en ella, incluso la forma de su seno, entrevisto por el escote de la blusa que llevaba puesta.

Fue ella la que rompió el silencio, tan pronto como se hubo sentado.

—Como le indiqué por teléfono, me llamo Diane West y soy psicoanalista, psicóloga, y todos los «psico» que usted quiera; pero esto no viene al caso ahora, como no sea de forma baladí.

—¿Y bien...? —Me vi en la necesidad de preguntar, en vista de que se detenía.

—Estaba empleada en el Medical Hospital Psiquiatric Center, de Filadelfia.

—Usted me dijo...

—Vivo ahora en Chester, a ciento cincuenta millas de Filadelfia, y a cien de Camden. Me despedí del hospital, si es eso lo que quiere saber —hizo una pausa que no interrumpí, y añadió luego—: Tengo un amigo en Chester. Es un retrasado mental al que estimo bastante, ¿comprende? Le estoy tratando. Es decir —se rectificó a sí misma tras una ligera duda—, le estaba tratando con bastantes buenos resultados, y ahora ha desaparecido. Hace cuatro días que nadie sabe dónde está, que no ha venido a mi casa a su diaria consulta; consulta a la que no dejó de faltar desde que yo llegué allí.

—¿Avisó a la policía, *miss* West?

—Por supuesto que sí. No han encontrado rastro, y es por eso por lo que me decidí a contratar a un detective privado. Quiero saber, y cuanto antes, qué le ocurrió a Larry.

—¿Qué dice su familia?

—¿La de Larry? Pues lo mismo que la policía, lo mismo que yo, y exactamente lo mismo que comenta todo el pueblo; no hay nadie que se explique lo que haya podido ocurrirle. Quiero que le busque usted. Que venga conmigo a Chester y trate de averiguar dónde está. Yo... Bueno, si acepta, tengo mi coche ahí, frente a la puerta de este edificio. Dígame cuáles son sus honorarios y...

—Eso podemos dejarlo para más adelante, *miss West* —la interrumpí—. Dígame ahora, ¿era peligroso ese Larry?

—No, por supuesto que no, o yo misma hubiera recomendado su internamiento a un centro competente. Y ahora contésteme usted a mí: ¿qué tiene que ver su peligrosidad, en el caso de que fuese peligroso, con su desaparición?

—Eso nunca se sabe —repuse.

—En ese caso, ¿va a aceptar mi proposición?

—De acuerdo —dije con una sonrisa—, iré con usted, si no trata de psicoanalizarme a mí también.

Se puso en pie y la imité, por lo que quedamos los dos frente a frente.

—Su psicoanálisis ya lo he hecho, *míster O'Brien*.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —pregunté, devolviendo su sonrisa.

—Eso puede que se lo diga a usted un día —me respondió—, pero no ahora. No olvide que suelo cobrar también honorarios por cualquier consulta profesional.

No respondí.

Tomé del perchero el sombrero, la funda con las correíllas, que me coloqué bajo el sobaco, luego la americana, y me volví a mirarla.

—Cuando usted quiera —dije—. ¡Ah!, tendrá que llevarme a mi apartamento.

Necesitaré algunas cosas para el viaje.

Sin responder se acercó a la puerta, abrí al adelantarme, me dio las gracias cuando cruzó el umbral, y descendimos luego hasta la

planta baja utilizando el ascensor.

El coche era blanco. Un «Jaguar», convertible, matriculado en Filadelfia. Un coche inglés que valía una fortuna.

—¿Conoce Filadelfia? —pregunté.

—Sí, claro.

Le di las señas de mi apartamento, puso en marcha el coche e hicimos el viaje en silencio.

Cuando lo detuvo frente a la puerta del edificio donde yo tenía mi apartamento, me volví a mirarla.

—Puede esperar aquí si quiere, *miss West* —dije—, no tardaré mucho en volver.

Abrí la portezuela justo cuando ella decía:

—Puedo ayudarle si lo desea, *míster*

O'Brien.

No tuve nada que objetar en contra, por lo que subimos ambos hasta el apartamento. Ya en el *living*, le indiqué que tomara asiento, cosa que hizo en el sofá, y pregunté:

—¿Quiere una copa?

—*Whisky* —respondió.

Se lo serví, di media vuelta y caminé hacia mi dormitorio mientras que ella, vaso en mano, miraba con curiosidad todo lo que contenía el *living*.

Fue ya en la carretera, llevando ella el volante, cuando pregunté:

—¿Qué amistades tenía Larry?

—Esas personas, *míster*

O'Brien,

son amigos de todos y de ninguno —se explicó—. Ya sabe, todos son para ellos iguales. Pero los amigos de estos deficientes mentales sólo se acercan a ellos para hacerles víctimas de sus burlas, a veces sangrienta, a veces... Bueno, creo que, sin extenderme más en la materia, usted me entiende perfectamente.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio, doctora?

—La misma noche de su desaparición —y frunció el ceño—. Estuvo en mi casa hasta las ocho de la noche, hora en que se iba siempre, y sobre las doce, cuando ya me disponía a acostarme, llamaron desde su casa diciendo que si sabía yo dónde podría estar. Les dije que no, por supuesto. Luego, pasadas cuarenta y ocho horas, se dio parte a la policía, pero, como ya le indiqué nadie, al

parecer, sabe nada al respecto.

—Y usted, *miss West*, ¿no tiene idea de lo que le haya podido ocurrir? Como psicóloga, sospecho que de él sabía usted más que nadie, ¿verdad?

—Sí, creo que sí, pero no en ese sentido. Personalmente, íntimamente, si quiere que lo denominemos así, sabía de Larry incluso más, mucho más, que pudiese saber su propia familia.

No respondí, ni ella añadió nada más a lo dicho.

Cruzamos por Candem a buena velocidad, llevando ella el volante, como ya he dicho antes, alumbrándonos ahora con los faros de carretera. Consulté el reloj del *tablier*, notando al mismo tiempo que el silencio en el interior del coche se hacía agobiante.

Por otra parte, la personalidad de la muchacha que iba a mi lado me fascinaba. Las piernas, que veía desde una generosa perspectiva, eran tanto o más fascinantes que ella misma.

Aparté los ojos del reloj y comenté:

—Llegaremos a Chester casi amaneciendo. Si se siente cansada, dígamelo y conduciré yo.

—No, aún no —respondió—. Gracias.

La rubia cabellera, cayéndole en cascada sobre los hombros, era un poderoso atractivo para mí. Era hermosa. ¿Qué le había ocurrido en Filadelfia para abandonar allí un trabajo bien remunerado, e ir luego a enterrarse en un pueblo tan pequeño como Chester?

La notable disminución de la marcha del coche interrumpió el hilo de mis pensamientos, y la miré. Mi rubia acompañante estaba ahora acercando el automóvil al arcén de la carretera, y allí lo detuvo del todo.

—¿Ocurre algo, *miss West*? —pregunté.

—Sencillamente, que estoy cansada —me respondió con una sonrisa—. Ahora, fiel a su promesa, espero que conduzca usted.

Encendí dos cigarrillos, le puse uno en la boca y pregunté:

—¿Qué le parece si pasamos el resto de la noche en alguno de los moteles que debe haber en esta carretera, y mañana continuamos el viaje hasta Chester?

—No me estará pidiendo que pasemos la noche juntos, ¿verdad? Eso sería ir...

—Demasiado de prisa, doctora —dije, interrumpiéndola—. No, no es eso. Es, sencillamente, que desde Filadelfia hasta Chester son

muchas millas para recorrerlas en una sola noche.

—Haga lo que quiera, míster

O'Brien

—fue la respuesta que obtuve.

Cambiamos de asiento, empuñé el volante y puse el «Jaguar» en marcha, diciendo:

—Si tiene ganas de dormir, puede reclinar su cabeza en mi hombro.

No me replicó, continuó fumando hasta que dio, en silencio, fin al cigarrillo; al terminar lanzó la punta por la abierta ventanilla y luego, ante mi sorpresa, se me acercó y reclinó la cabeza sobre mi hombro.

—Gracias —susurró—, la verdad es que estoy cansada, muy cansada. Si le molesto, no tiene nada más que decírmelo y me apartaré.

Tampoco dije nada.

Estaba dormida, desde luego, cuando detuve el coche frente a la puerta principal del motel. La sacudí un poco, abrió los ojos, me miró, me dedicó una sonrisa y, antes de formular pregunta alguna, miró por la ventanilla.

—Creí que ya habíamos llegado a Chester —comentó—. Por lo que veo, usted tiene tanto sueño como yo.

—Sí, eso creo. ¿Entramos?

Lo hicimos. En recepción alquilamos un par de habitaciones, firmamos en el libro registro y subimos al piso superior. Nos detuvimos frente a la puerta 14 D, y entonces ella dijo:

—¿Cuál es la suya?

—Me da lo mismo —respondí, encogiéndome de hombros—. La catorce o la dieciséis. Usted tiene la palabra.

Abrió Diane las dos puertas, miró al interior, sin cruzar el umbral, y se volvió luego a mirarme.

—Me quedo con la catorce —dijo—. Buenas noches.

—¿A qué hora quiere que la llame? —pregunté.

—No se preocupe por eso, pero si se despierta antes que yo, cosa que dudo, avíseme.

Me ofreció los labios.

—Buenas noches, míster

O'Brien

—dijo—, que descanse.

La besé suavemente.

—Buenas noches, *miss* West —respondí—. Hasta mañana.

Esperé a que hubiese entrado, a que cerrara la puerta a continuación, y me encaminé a mi dormitorio.

Cerré a mi vez la puerta, me desvestí, me tendí a todo lo largo, boca arriba, y clavé mis ojos en el techo.

Me dediqué a pensar.

No lo hice por mucho tiempo. El roce violento de unas cubiertas sobre la grava que cubría el camino desde la carretera hasta el motel, sin saber por qué, me hizo saltar de la cama al suelo. De modo instintivo apagué la luz y fui seguidamente a la ventana.

Miré afuera.

Un «Mercedes» se estaba deteniendo en aquel momento junto al «Jaguar» de Diane West. Un coche cuya puerta se estaba abriendo ya. Vi una larga y elegante pierna de mujer y luego a ella, al lado del coche, bolso en mano y con el manojito de llaves. Cerró la portezuela, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de entrada. Una blusa y una minifalda muy corta; no pude, empero, por mucho que me esforcé en hacerlo, distinguir su rostro.

Esperé tres o cuatro minutos, no sé cuántos, y de pronto oí sus pasos en el pasillo; venía sola. Se detuvo, como dudando, y de pronto la oí acercarse a la puerta.

Iba a formularme una pregunta, pero no pude porque desde el otro lado de la madera empezó a llamar con los nudillos.

Un tanto sorprendido por lo inesperado de la visita me acerqué y dije:

—Estoy desnudo. ¿No puede llamar mañana?

—Vístase, por favor, y abra la puerta. Necesito hablar con usted; es urgente.

—Un momento, por favor —dije aún en contra de mis convicciones.

Me puse la camisa, los pantalones y luego, completamente descalzo, franqué el paso.

Era la misma blusa y la misma minifalda que viera descender del «Mercedes», llevando dentro a una pelirroja, de parecida edad a la de la doctora Diane West.

Sus ojos eran verdes, y ahora estaban fijos en los míos, llenos de

curiosidad.

—¿Puedo pasar?

Me aparté a un lado, indicándole que lo hiciera con un gesto de mi mano. Ella cruzó el umbral, diciendo:

—Cierre la puerta, por favor.

Lo hice, me volví a mirarla y ambos quedamos frente a frente.

—Me llamo Beverly Dunn —empezó ella, antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra— y trabajo como corista en una pequeña sala de fiestas de Chester...

—¿Y qué hace cuando no trabaja? —pregunté, interrumpiéndola.

—Eso no le importa a usted, querido —replicó fríamente—. He venido a buscarle. Eso es lo que interesa ahora.

—¿Sí...? ¿Y quién le mandó en busca mía?

—Nadie. Ésa es la verdad, pero tenía que hacerlo —miró la cama, y añadió—: ¡La verdad es que esperaba verle en compañía de *mistress* West, la cualquiera se le ocurre dejar a una mujer como ésa completamente sola por la noche!

No tuve nada que objetar a aquello, y esperé a que continuara hablando, cosa que hizo con una pregunta:

—¿Dónde está ella?

—¿*Miss* West?

—Sí.

—En la habitación contigua, *miss* Dunn. ¿Quiere que la llame?

Negó con la cabeza, y preguntó:

—Oiga, ¿no me va a invitar a que me siente?

Abarqué todo el dormitorio con un amplio ademán de mis brazos, y Beverly tomó entonces asiento en el borde del lecho y desde allí me miró.

Continué sin decir nada. Me encontraba sorprendido, aquélla era la verdad, pero podía esperar un poco más. Podría incluso esperar, a su lado, hasta el día siguiente, y ella lo deseaba así.

CAPÍTULO II

Pero no fue así. Beverly rompió el silencio casi al segundo siguiente:

—Por favor —dijo—, siéntese usted también. Me pone nerviosa verle ahí, en pie frente a mí.

Lo hice, como siempre, en silencio, y entonces ella continuó:

—Tengo un hermano, ¿sabe?

—No sabía que tuviera uno —dije, como un imbécil.

—¿No se lo dijo ella?

—*Miss...* —Y rectifiqué al darme cuenta de que Beverly la llamó de distinto modo—: ¿Se refiere a *mistress* West?

—Sí, claro.

—¿Y por qué tenía que decírmelo?

Hizo ella un gesto de impaciencia, y respondió:

—Mi hermano se llamaba Larry —y aquí noté que su voz se volvía oscura—, y le mataron. No sabíamos qué le había ocurrido, pero la policía de Chester, que le había estado buscando durante días, encontró su cadáver en la playa no hace ni ocho horas. Estuve en la Morgue a fin de identificarle, tuve más tarde que responder a un interrogatorio de la policía y, tan pronto como me vi libre, empuñé el volante del coche y vine para Filadelfia.

—¿Sí...? —dije—. ¿Y cómo sabía que pasaríamos la noche en un motel?

—No lo sabía, tipo listo —me respondió, cada vez con la voz más oscura—, pero, por si no lo sabe, le diré que desde Chester hasta Candem no hay otro motel en toda la carretera como no sea éste. Me acerqué, pensando que tal vez estaban ya ustedes de regreso, vi el coche de *mistress* West en el aparcamiento y el resto es fácil.

—¿Qué ha dictaminado la policía respecto a su hermano? —pregunté, pensando que sus palabras anteriores podían tanto ser

verdad como no—. ¿Han dicho algo?

—No, aún no, pero sospechan de un posible asesinato. ¡Dios! ¿Quién iba a querer matar a un hombre como mi hermano? Era deficiente mental, ¿comprende? Incluso tenía dificultad en pronunciar las palabras, y cuando andaba... daba pena verle. ¿Quién..., quién pudo hacer una salvajada como ésa?

—¿Usted no lo sabe?

Esperé que se sobresaltara, que cambiara de expresión, pero no lo hizo; confiaba en que se sorprendiera, pero, en realidad, con su respuesta fui yo el sorprendido:

—Tengo una vaga idea, pero permita que me la calle por ahora. No puedo mencionarla siquiera, hasta no saber el resultado de la autopsia —se puso en pie, y añadió—: Debo regresar ahora a Chester. ¿Por qué no le deja una nota a *mistress* West y nos vamos?

—Lo que debe hacer, *miss* Dunn —contradije—, es tratar de descansar el resto de la noche —señalé la cama—. Puede acostarse ahí. Creo..., creo que lo mismo da ya que lleguemos a Chester a una hora o a otra.

Me estaba mirando fijamente antes de responder:

—¿Y... y usted...?

—Yo puedo, incluso, permanecer sentado en esa silla de ahí hasta el día del Juicio Final.

No se preocupe por eso. Vamos, no sea niña y trate de descansar.

La empujé hacia atrás, dio un suspiro y recosió la cabeza contra la almohada, le quité entonces los zapatos, que lancé a un rincón, me dedicó una sonrisa, y pensando en que estaba haciendo el tonto aquella noche, fui a tomar asiento en donde le había dicho a ella que me sentaría.

Entonces la oí decir:

—Si estuviéramos en otro sitio, le daría un beso de agradecimiento. Creo que es usted un gran tipo.

—Démelo ahora —alenté—, y ya verá como no ocurre nada.

—Buenas noches..., quien quiera que sea usted —fue la respuesta que obtuve de ella. No contesté. Pensaba de nuevo. Su llegada, lo que me había contado, su reticencia al hablar del posible asesino de su hermano, me habían dado materia para pensar durante el resto de la noche.

Cuando dejé de hacerlo, la pelirroja Beverly Dunn se había dormido con una sonrisa en los labios.

Entonces me puse en pie, me deslicé fuera de la habitación y llamé con los nudillos a la de Diane West. Tuve que repetir la llamada un par de veces más antes de que ella me abriera la puerta.

Miré la minicombinación negra que llevaba puesta, justo en el momento en que ella me interrumpía:

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió—. Estaba durmiendo y...

—Perdone —la interrumpí—, pero en el hotel se encuentra *miss* Beverly Dunn.

—¿Qué...? ¡Vamos, entre!

Crucé el umbral, y nos miramos frente a frente.

—¿Que Beverly está aquí? ¿Cuándo ha llegado?

—No hace mucho —respondí—, y me ha quitado la cama.

—Haberla mandado a dormir a otra habitación. Supongo que en el motel aún quedarán habitaciones vacías —y preguntó sin transición alguna—: ¿Qué es lo que quería?

Entonces se lo dije.

«¿De quién es ese coche?» —le había preguntado. «De un amigo —contestó—. No gano lo suficiente de corista como para tener un carro como éste».

No quise indagar más; por el momento, en lo que se refería a Beverly Dunn, aquello era todo. Pero mientras dirigía mis pasos hacia el precinto de policía, iba pensando en todo aquello y haciendo cábalas al mismo tiempo sobre el recibimiento que me depararía el *marshall* de Chester, tan pronto como supiera quién era yo y para qué estaba allí.

Mistress West, luego de que la dejara en su casa, me indicó el lugar, por lo que no tuve dificultad alguna en encontrarla. «U. S. *Marshall*», rezaba el letrero que había en la puerta, por encima del marco. Ya, antes de llegar, vi al uniformado policía que había en la entrada, junto a uno de los coches patrulla, y me acerqué.

—Buenas, agente —dije, llevando la mano al sombrero—. Me llamo

O'Brien,

de Filadelfia, y estoy buscando al *marshall*.

—¿Dick

O'Brien?

—inquirió mirándome con curiosidad.

—Sí, así es —y me pregunté, en aquel momento, si es que la policía ya tenía conocimiento de mi llegada, quién se lo habría dicho—. ¿Puede avisarle, por favor?

—No hace falta, míster

O'Brien

—respondió—. El *marshall* le está esperando. Entre ahí —y me señaló la puerta del gris y polvoriento edificio—, le encontrará en la penúltima puerta a mano izquierda.

Di las gracias, le volví la espalda y entré en el precinto, con la vaga sensación de que el policía de la puerta había vuelto la cabeza y me estaba siguiendo con la mirada, posiblemente hasta que me perdió de vista, ya en el interior del edificio.

Me crucé con varios agentes más, que me miraron curiosamente, y alcancé luego la puerta indicada.

Llamé con los nudillos.

—Pase, está abierto.

Empujé la hoja de madera y entré.

Lass Preston, jefe de policía de Chester, en otras palabras, el *marshall*, era un individuo alto, fuerte, de pelo entrecano y de ojos grises, fríos e inteligentes. Llevaba el correa de puesto, de cuya cartuchera, colocada al costado, asomaba la culata de un revólver calibre 22 especial.

—Me llamo

O'Brien

—dije por todo saludo—, de Filadelfia.

—Sí, ya lo sé. ¿Quiere sentarse?

Me indicó, con un gesto, uno de los sillones, y prosiguió:

—¿Quién le contrató a usted? ¿*Mistress* West?

—¿Por qué tenía que ser necesariamente ella, *marshall*? —pregunté a mi vez.

—*Mistress* West, o la doctora West, quería a Larry como a un hermano,

O'Brien

—me respondió—, y ella nos dijo que si la policía de aquí no descubría nada con respecto a la desaparición del muchacho, iría a

Filadelfia a contratar a un detective privado; y, por lo visto, lo hizo.

—Sí, así fue —repuse, sabiendo que era tonto negarlo—. Y dígame, *marshall*, ¿se ha sabido algo más?

—¿Qué quiere usted decir con eso de que si se ha sabido algo más? —respondió.

—Por ejemplo —contesté—, qué fue, ¿muerte accidental, crimen o suicidio?

Tardó varios segundos en contestar, quizá tratando de asimilar mis preguntas o simplemente dudando sobre lo que debía o no decirme; en si debía o no callar algo, hasta que por fin dijo:

—Fue crimen, míster

O'Brien.

Al muchacho le mataron golpeándole la nuca con un objeto contundente, luego, tal vez, el asesino le metió en el portaequipajes de un coche y lo lanzó más tarde al mar. Estaba horriblemente hinchado cuando le encontramos.

—¿Cuándo murió? —inquirí.

—Hace cuatro días, entre las nueve y las diez de la noche. El forense no puede precisar más.

Aquello coincidía con las explicaciones que Diane me había dado, por lo que indagué:

—¿Algún posible sospechoso, *marshall*?

El policía, tal vez para no perder la costumbre, respondió con otra pregunta:

—¿Conoce a Beverly Dunn? —Y añadió innecesariamente—: Es la hermana de Larry. —¿Por qué me hace esa pregunta?

—Vaya a verla y hable con ella, pero no haga mucho caso de lo que le diga..., por lo menos hasta que sepamos algo más de esto. ¿Alguna otra cosa?

—No, nada más, y gracias —respondí, poniéndome en pie, mientras me decía a mí mismo que aquel recibimiento por parte del *marshall*, aquellas facilidades, no las entendía en modo alguno.

Me acerqué a la puerta, puse la mano sobre el tirador y entonces me llamó:

—Un momento, míster

O'Brien.

Me volví a mirarle, su voz había cambiado. Era el cambio tan sutil que, quizá, en otra ocasión, ni siquiera me hubiese dado cuenta

de nada.

—¿Sí?

—Tenga cuidado, ¿entiende? No deseo que ponga trabas a la ley en Chester. No me disgustan los detectives privados, pero sí me disgusta que me pisen el terreno. ¿Está claro?

—De acuerdo, *marshall*, trataré, por todos los medios, de que no sea así.

Abrí la puerta y salí a la calle.

Unos segundos más tarde tomaba el camino de un taller de reparaciones de automóviles cercano al precinto de policía. Había un *hippy* bajo uno de los coches, y nadie más.

La nave era bastante grande, y en ella, en aquel momento, se encontraban cinco coches. Le toqué con la puntera del zapato en la pierna, soltó un gruñido debajo del automóvil y luego salió.

Se puso en pie de un salto.

—Oiga, pero qué...

Levanté la mano en señal de paz.

—Tranquilo, hijo —dije.

—De acuerdo, papi, estoy tranquilo. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué le repare su coche, o es uno de esos de la «bofia» de la ciudad?

—Sólo en parte —contesté—. Soy detective privado.

—¿Y dónde está la diferencia?

—En los dólares —respondí—. Por ejemplo, uno de la «bofia» te llevaría sin más al precinto, y allí te interrogaría. Yo, en cambio, tengo diez dólares si me respondes a un par de preguntas.

Se metió las manos en los bolsillos, se balanceó luego sobre las punteras de los pies y me miró con gesto petulante.

—Suéltelo, viejo, y ya veremos si puedo contestarlas o no por ese precio.

Dejé pasar dos o tres segundos de silencio, preguntándome quién sería el dueño de aquel taller donde, al parecer, no faltaba de nada, ni neumáticos de repuesto para coches de distintas marcas. Entre ellos, el «Mercedes» y el «Jaguar», lo que indistintamente me hizo pensar en Diane y Beverly.

CAPÍTULO III

—Se trata de Larry Dunn.

—Es lo que he supuesto que me preguntaría, viejo Por el tonto.

—¿Es así como le llaman por aquí?

—¿Es que no lo era? Pero vamos, viejo, ¿qué es lo que quiere saber? El trabajaba aquí.

¿Era eso lo que iba a preguntarme?

—No, porque ya lo sabía. Quiero saber qué amigos tenía.

—¿Amigos? —Se echó a reír—. Todos éramos amigos de él. Los del taller, los de aquí y también los de allá, ¿comprende el sentido de lo que le quiero decir?

—Amigos que le gastaban bromas, ¿verdad?

Instintivamente, le vi ponerse en guardia. Aquello fue obvio para mí, fue apenas un leve movimiento de sus cejas y nada más; luego, su rostro se mostró igual que siempre, fríamente cínico.

—¿Algo más? —me preguntó.

—Sí, ¿con quiénes acostumbraba a salir?

—¡Oh! Bueno, con los que trabajamos aquí, con el que fuera, siempre que le abordara uno. Incluso le llevaban, a veces, a uno u otro bar, y al Búho.

—Es allí donde trabaja su hermana, ¿no?

—¿También sabe eso?

—¿Había algún amigo íntimo, alguien por el que Larry mostrara preferencia, con el que saliera casi de continuo? —pregunté a mi vez sin responder, por supuesto, a la suya anterior.

—No. Por lo menos, no, que yo sepa.

—Ahora...

—Ahora ya nada más, viejo, tengo que terminar con los frenos de este coche. Por lo tanto, vengan esos diez dólares y lárguese. Me está haciendo perder el tiempo.

Se los di, luego media vuelta y, una vez más, me vi en la calle.

Miré a mi alrededor.

¿Qué tenía? Nada, absolutamente nada. ¿Por dónde empezar? Quizá por uno de aquellos bares. Por el más cercano al taller de reparaciones.

Miré de nuevo a mi alrededor; en la acera opuesta, haciendo esquina, vi el letrero de uno. Busqué algún otro, por los alrededores, pero no lo había, y entonces empecé a cruzar la calle.

Entré en el bar, yendo directamente a la barra.

—¿Qué le sirvo, forastero?

—Un *whisky* —pedí al hombre joven que había detrás de la barra, que se apresuró a servírmelo.

Excepto él y yo, nadie había, a aquella hora, en el bar.

Bebí un poco, observándolo todo, y pregunté a continuación:

—¿Venía por aquí Larry Dunn? Ya sabe, ese muchacho que...

—Sé quién es Larry, aunque no sepa quién es usted, ni qué diablos pinta aquí, con una pregunta como ésa.

Bebí otro poco, antes de decir:

—Me pagan por hacer preguntas. En ese caso, me paga *mistress* West. En otras palabras, estoy buscando al hombre que le mató, ¿comprende? Trato, con ello, de ganarme un sueldo y, al mismo tiempo, de ayudar a la policía local —introduje la mano en el bolsillo, deposité un billete de cien dólares sobre el mostrador, al lado de mi vaso, y continué—: Me gustaría saber si Larry venía por aquí, y con quién.

Miró el billete, sonrió, y añadió a continuación:

—Aceptaré un *whisky*, pero nada más. En cuanto a Larry, por supuesto que venía aquí con frecuencia. El trabajaba allí, en aquel taller, barriendo el suelo. Era para lo único que servía. Le acompañaba alguna vez que otra ese *hippy* que también trabaja allí.

—¿Estuvo aquí la noche en que le mataron?

No me contestó, de momento; me volvió la espalda, de la estantería tomó una botella de *whisky*, luego, un vaso de debajo del mostrador, se sirvió una generosa ración de licor, y entonces sí lo hizo:

—Sí, vino por aquí.

—¿A qué hora?

—Bueno, con seguridad no lo sé, pero deberían pasar de las ocho y media de la noche. Y... estaba extraño. Nunca le había visto

así. —¿Vino solo?

—Sí, y eso también me resultó extraño.

—Explíquese, pero por partes.

—Bueno, no sé cómo definirlo. Era Larry y, al mismo tiempo, no era Larry. Le brillaban los ojos, estaba contento, bailaba y reía por cualquier cosa, e incluso me pidió una moneda para la máquina tocadiscos. Le puse uno cualquiera, y empezó a saltar, a bailar y a gritar, por lo que tuve que apagar la máquina, antes que terminara el disco. Luego le dije que se había estropeado, y que viniera más tarde, que ya estaría arreglada.

—¿Y le creyó a usted?

—Por supuesto. ¿Por qué no tenía que creerme? Su capacidad de razonar, por desgracia, era nula.

—¿Qué hizo, cuando se marchó?

—Nada. Salió lo mismo que había entrado, cantando y riendo, elevando los brazos hacia arriba, como si quisiera, de ese modo, dar a entender que era poco menos que el dueño de todo. De tal modo, que salí para verle. De esa forma desapareció calle abajo, y entonces me pregunté si es que además de..., de... bueno, de lo que sea, también Larry se había vuelto loco.

Di las gracias, aboné los dos *whiskys*, y salí a la calle.

El resto del día lo pasé yendo de un lado para otro, pero nada más pude sacar en claro; es decir, sí, necesitaba ver el certificado de la autopsia. Pero aquello podía esperar hasta el día siguiente.

No pude ver a Diane West, por lo que tomé el camino del Búho. Vi el pájaro sobre la puerta, con los ojos luminosos, y el letrero como cogido con sus patas rematadas con dedos de fuertes garras, y me acerqué a la acristalada puerta de entrada, consultando, de paso, mi reloj de pulsera.

Eran las once y treinta minutos de la noche.

Mi cena, en el hotel donde me hospedaba, se había hecho bastante larga. Interrogué, de paso, a la joven que me la sirvió, y su declaración coincidió casi en un todo con la que me diera el dueño de aquel bar, y algo con lo que también me dijera el *hippy* con anterioridad.

Baverly se encontraba en la pista, con otras tres muchachas, casi terminando un *rock and roll*. Pieza ya antigua, quizá, pero que aún

gustaba mucho, a un cierto número de público. Llevaba medias hasta la cintura, con costura detrás, y me asombré de que aquellas costuras estuvieran tan rectas sobre las piernas de las tres.

Me encaminé a la barra del fondo, y pedí:

—Póngame un *whisky*, ¿quiere?

Mirándome curiosamente, el barman me lo sirvió. Al terminar pregunté:

—¿Le quedan aún muchas actuaciones a *miss Dunn*?

—¿A Beverly...? No, ésta es la penúltima. Ahora descansará un cuarto de hora, y después de volver a bailar, se marchará a casa — me miró, suspicaz, e inquirió—. Oiga, ¿usted no será ese qué...?

—Soy ese que dice —le interrumpí—. Y usted, creo que conocería a Larry, ¿verdad?

Su rostro se nubló.

—Seguro —dijo—. Venía algunas veces por aquí.

—¿Le acompañaba alguien?

—Algunas veces. Un *hippy* que trabajaba con él, entre otros. El resto, amigos, gentes que sólo deseaban pasar un buen rato a costa de Larry. Ya me entiende, ¿verdad? Y eso molestaba a Beverly. Por eso casi nunca era acompañado, cuando venía aquí.

—¿Sabe si se drogaba?

—¿Drogar...? Oiga, polizonte, ¿quién le ha metido en la cabeza un absurdo como ése? Larry ni sabía fumar, no sabía, tampoco, lo que era una aguja hipodérmica, como no fuera las que usaba con él la doctora West. ¿Drogarse...? Eso es una tonte...

Calló casi en seco, y entonces me di cuenta de que el *rock* había terminado, de que sonaban los aplausos, y me volví, dando la espalda al mostrador. Beverly, saludando al público, avanzaba entre las mesas hacia la barra.

—Hola, míster

O'Brien

—me saludó—. No habrá..., no habrá...

—No —la interrumpí—, todavía no sé nada en concreto. Tengo algunas ideas, sí, pero ninguna segura. Me falta el motivo; pero aún así, querría hacerle unas preguntas, Beverly.

—Ahora, no —me respondió—. Apenas si tengo un cuarto de hora para cambiarme, y para salir luego a escena. Pero si me espera...

—Puedo hacerlo, si no tiene compromiso para esta noche.

—Nunca tengo compromisos, por la noche. Es algo que no le importa, pero aun así, se lo digo.

—De acuerdo, Beverly, no se enfade; la esperaré.

No dijo nada más; quiero decir que no respondió a mis palabras, se limitó a dar media vuelta y se alejó hacia los cortinajes del fondo, que seguramente cerrarían la entrada a los camerinos.

Me bebí el *whisky*, pedí otro, y, a falta de otra cosa mejor, me dediqué a observar las parejas que había en las mesas, y luego a las tres muchachas que, de nuevo, empezaron a actuar con Beverly.

Cuando salimos de allí, el uno detrás de la otra, eran las doce y media de la noche, y, en la puerta, esta donado, el «Mercedes» que le viera conducir a ella no hacía muchas horas.

La observé; Beverly se limitó a lanzar una ojeada al interior, y a seguir andando.

—¿Dónde quiere que la lleve? —pregunté, tomándola del brazo.

—A mi casa, por supuesto —respondió.

—¿No quiere una copa o un café?

—¿En un bar? —Se echó a reír—. No podría conseguirlo. A esta hora, ya todo está cerrado. No obstante puedo ofrecérselo yo en mi casa.

Continuamos andando, en silencio, cruzamos un par de callejas mal empedradas, salimos luego a otra, completamente asfaltada, y me di cuenta entonces de que Beverly vivía en lo que pudiera llamarse las afueras de Chester.

No muy lejos, desde luego, pues, sin cansarse, se podía recorrer el camino a pie, exactamente como estábamos haciendo en aquel momento.

Vi la casa antes de llegar a la pequeña curva, situada a la izquierda de la carretera; árboles alrededor, plantas trepadoras, jazmines y rosas, en amplios macizos de flores, pero antes atravesamos la verja de hierro que rodeaba la pequeña finca, verja que ella cerró con llave tan pronto como cruzamos el otro lado.

Se detuvo frente a la puerta, bajo el amplio porche de mármol, miró a su alrededor, mientras abría el bolso para sacar la llave, franqueó el paso a continuación encendió la luz del *hall*.

Cerró luego a nuestra espalda.

—Por aquí, míster

O'Brien

—dijo.

Continué sin decir nada, y la precedí hasta el *living room*, amueblado con elegancia exquisita, con su consabido bar al fondo.

—Puede servirse usted mismo —dijo.

—¿Y para usted?

—*Whisky*, por favor.

Preparé dos, le di uno de los vasos, y me senté frente a ella.

Estaba empezando a beber cuando, siempre siguiendo la idea que me asaltara con anterioridad, pregunté, sin ánimo alguno de dorar la píldora:

—¿Por qué no me dijo que su hermano se drogaba?

Se puso Beverly en pie de un salto, la imité soltando el vaso, y recibí a continuación la bofetada más grande de todas las que había recibido en mi vida. Entonces la tomé brutalmente por los hombros, y la atraje contra mi pecho, viendo frente a los míos sus ojos, en los que había tanto miedo como sorpresa, y la besé en la boca, fuertemente. La solté entonces, empujándola hacia atrás, con lo que dio un par de traspiés, tomé el sombrero, y, con éste en la mano, di media vuelta hacia la puerta, diciendo ya:

—No vuelva a repetirlo, Beverly; no me gusta.

Tomé el tirador.

—Aún no le he dicho que se marche, míster

O'Brien

—dijo en aquel momento—. Y perdone si me extralimité. Ahora, si quiere que hagamos las paces, siéntese y tome su *whisky*.

Sin responder, sin apresurarme, tomé asiento en el sillón, frente a ella, y elevé el vaso hasta mis labios; mientras lo hacía, preguntó Beverly:

—¿De dónde ha sacado eso de las drogas, míster

O'Brien?

¿Quién le dijo que Larry...?

—Nadie, pero he oído algunas cosas —la interrumpí, explicándole a continuación lo que me dijeran en el bar.

—Eso..., eso es descabellado. ¿Cómo podía drogarse Larry, si no sabía fumar? Por otra parte, no creo tenga pinchazo alguno en brazos o piernas, que justifiquen esa sospecha suya. No, no lo creo, en modo alguno. ¿Marihuana, entonces? Eso es aún más

descabellado. Larry, estoy segura de eso, era incapaz, incluso, de sostener un cigarrillo en las manos, y mucho menos, por consiguiente, de fumárselo.

—Correcto, Beverly —respondí—, pero hay una posibilidad; la de que alguien le obligara a fumárselo. ¿Conoce a alguna persona que tuviese ese ascendiente sobre su hermano? Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir —me interrumpió—, y la respuesta es no. El pobre Larry no tenía a nadie más que a mí. Para el resto, sólo era un objeto más o menos divertido, a costa del cual incluso se podían fraguar las bromas más pesadas y más crueles. Respecto a Diane West, para ella, Larry sólo era un conejillo de Indias; con el que podía efectuar toda clase de ensayos y experimentos. Es cruel, ¿verdad? Pero también cierto.

Bebió un poco, y la observé mientras lo hacía.

Al terminar con el licor, lo que hizo de un sorbo, preguntó:

—¿Algo más que no me haya dicho, míster O'Brien?

—No, nada más —dije. Y consulté el reloj, añadiendo luego—: Es muy tarde.

—Sí, así es —respondió—. Se marcha, ¿verdad?

Y me imitó, al ponerse en pie a su vez.

—Sí, así es. Buenas noches, Beverly —repliqué, tomando el sombrero, para ir seguidamente a la puerta.

—Míster

O'Brien...

—¿Sí...?

—No tiene necesidad de irse. Tome una copa antes. Le invito.

No dije nada; me aparté de la puerta, acepté la invitación, la prendí por la cintura y descubrí que la muchacha era un sueño, pero esto no lo supe hasta mucho después.

CAPÍTULO IV

Se soltó, de pronto, y se sentó a continuación con los ojos muy abiertos y un rictus en la boca que no me gustó.

—¿Puedo saber qué te ocurre ahora, Beverly? —indagué.

—Pero ¿es que todavía no te has dado cuenta? —me respondió, haciendo un gesto con la mano para interrumpirme—. Ella lo hizo. Ella drogó y mató luego a mi hermano.

—Pero ¿qué diablos...? —La prendí de la cintura, atrayéndola contra mi pecho, pero se resistió y la solté—. ¿Quién es ella? ¿Quién es...?

—¿Y tú eres el detective? La doctora West, Dick, ella mató a mi hermano. Todo concuerda. Es la única que puede suministrar droga, la única que se la pudo suministrar, e incluso obligarle a fumarse un cigarrillo, si en verdad se trataba de marihuana.

—También he podido yo tener un error —respondí.

—¿Sí...? En ese caso, ¿quieres decirme qué es lo que puso de ese modo a mi hermano?

—No lo sé —respondí—. No lo sé, y eso es lo que estoy investigando.

—Pues yo sí estoy segura. Larry y *mistress* West estaban casi siempre juntos. Ya te he dicho que era el conejillo de Indias. ¿Quién te dice que no hizo un experimento con mi hermano, a base de cualquier droga, y, una vez que se puso furioso, la atacó y ella... ella...?

Se me abrazó y no dije nada.

Fue al día siguiente, casi terminando el desayuno, cuando pregunté:

—Anoche, cuando abandonábamos el Búho, vi un «Mercedes» en la puerta. Era el mismo que tú conducías la otra noche; el que te llevó al motel, ¿verdad?

—Sí, claro —me miró, suspicaz, por encima de la taza de café con leche que se llevaba a la boca—. ¿Por qué?

—¿De quién es ese coche?

—De un amigo.

—¿Muy amigo?

—Sí, bastante —replicó—, pero no tanto como para..., para... Si fuera del modo que piensas, Dick, yo no te habría hecho caso. Quisiera que entendieras eso.

Dejé transcurrir unos segundos, antes de preguntar:

—Dime, Beverly, ¿me dijiste la verdad la otra noche? Me refiero a tu visita al motel. ¿O había algo más que te impulsó a ir allí? Algo que nada tenía que ver con la muerte de tu hermano.

—Dime tú también otra cosa, querido, ¿siempre te muestras tan desagradable, por las mañanas?

—No, no siempre —le dediqué una sonrisa, y añadí para paliar un tanto el mal efecto que en ella pudiesen haber producido mis anteriores palabras—: Perdona, pero la verdad es que estoy nervioso —hice una ligera pausa, y pregunté bruscamente—: ¿Conoces a un *hippy* que trabaja en el taller de reparaciones donde tu hermano trabajaba también?

—Sí, claro que le conozco —y me pareció notar en su voz algo de rencor—. Se llama Joe, No Sé Cuántos, y él, con los otros... Bueno, es una repetición de lo anterior. Larry barría ese taller; no es que lo necesitara, pero la doctora West dijo que era bueno para Larry que tuviera alguna ocupación que le distrajera un poco, y ese Joe y los demás, sólo se burlaban de él, le llevaban a veces a algún bar que otro, y le obligaban a beber, cuando no cerveza, *whisky*. Tuve que hablar con el *marshall* para que interviniera; lo hizo, pero aun así, las bromas a su cosía siguieron, si bien se pudo conseguir que no le dieran más bebidas a Larry, en algunos de los bares. En los otros, sospecho que no lo hacían así. Era una nueva diversión para los barman la noche que éste y ese *hippy* se dejaban caer por allí.

Me puse en pie, y no se movió Beverly; permaneció sentada, al lado de la mesa, mirándome, mientras me preguntaba:

—¿Qué piensas hacer respecto a *mistress* West?

—Hablar con ella, por supuesto.

—¿Sólo hablar?

—Por el momento, sí. Dame una prueba, una sola, de que fue ella quien drogó a tu hermano, si en verdad estaba drogado, e iré por ella para ponerla seguidamente a disposición del fiscal.

No esperé respuesta; le lancé un beso con la punta de los dedos, que devolvió, y salí a la calle.

Busqué una cabina telefónica, marqué el número del precinto de policía y, al cabo de los cinco segundos de espera, oí al otro lado del cable la voz del *marshall*:

—

O'Brien,
¿verdad?

—Sí, así es. Escuche, *marshall*, ¿se ha recibido ya el informe de la autopsia de Larry Dunn?

—Sí, claro —y su voz era ahora extremadamente cauta—. ¿Por qué?

—¿Qué clase de droga le suministraron?

—¿Cómo...? —maldijo entre dientes, y añadió—: ¿Quién le dijo eso, sabueso? ¿Cómo lo sabe?

—Averigüé algunas cosas, anoche.

—¿Como por ejemplo...?

Me avine a contárselo todo, y luego esperé su respuesta.

—Escuche,

O'Brien

—respondió—. ¿Por qué no viene aquí, y hablamos del caso...?

—¿Ahora? —le interrumpí.

—Por supuesto. ¿Le espero?

Dije que sí; abandoné la cabina y empecé a andar. En mi mente bailaban aún las palabras que me dijera Beverly, sus sospechas, y el nombre de la doctora West. Si era ella quien drogó al muchacho anormal, no entendía su actuación posterior.

Desde luego, fuera lo que fuese, todo apuntaba hacia ella.

Entré poco después en el despacho del *marshall*, que me indicó, con un gesto, uno de los sillones de su desvencijado despacho, donde tomé asiento.

—¿Quién le contó todo esto?

—Ya se lo dije —repuse—; el dueño y el barman del
Ciro's.

—Conozco a Elmer, y sé que no miente —hizo una ligera pausa

y añadió pensativamente—: Quisiera saber si fue en verdad Joe quien le obligó a fumarse ese cigarrillo, o esos cigarrillos, y dónde fue luego Larry para que le asesinaran.

—¿Qué sabe de la doctora West?

Achicó los ojos, fijándolos en los míos, con una mirada que quiso escudriñar hasta lo más profundo de mis pensamientos, y respondió:

—¿Algún motivo especial para que me haga esa pregunta?

—Hay quien sospecha que *mistress* West pudo darle la droga al muchacho. Ella es doctora, y, al parecer, la única persona a quien Larry quería, en realidad.

—Sí —dijo más pensativamente aún—, pudo ser ella, efectivamente, tal vez como un experimento nuevo. Ahora bien, si lo hizo, ¿dónde fue Larry aquella noche, después, y qué hizo, influido o no por la marihuana?

—Hay quien dice —repetí lentamente— que tal vez, Larry atacó luego a la doctora, y ella le golpeó, matándole, quizá por un accidente fortuito.

—Lo que sería defensa propia —me respondió, cada vez más pensativo, el *marshall*—, si no hubiese cometido más tarde el error de, en vez de llamarnos a nosotros, tomar el cadáver, meterlo en el portamaletas de un coche cualquiera y lanzarlo luego al mar.

Explíqueme eso,

O'Brien,

y entonces tal vez lleguemos a alguna parte.

—Lo que en otras palabras quiere decir que usted no cree que lo hiciera ella, ¿verdad?

—No descarto, en modo alguno, esa posibilidad,

O'Brien,

y voy a investigar por ese lado —me miró pensativamente, y añadió —: También quiero hablar con Elmer. Sé que cometí un error al no investigar por los bares que frecuentaba esa pandilla de *hippies*. Quizá si lo hubiese hecho a su debido tiempo, ya tendría al asesino. Y ahora, —terminó—, ¿qué piensa hacer usted?

Pude decirle que tenía en mente cierto «Mercedes», pero no lo hice.

Me limité a encogerme de hombros, y a responder:

—Por el momento, no lo sé, y le estoy diciendo la verdad,

marshall. Tal vez opte por dejar correr los acontecimientos para ver qué pasa.

—¡Cuernos! No me irá a decir que espera que ocurra en Chester otro asesinato, como única posibilidad de descubrir al autor del primero, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —respondí con una sonrisa, y poniéndome en pie.

Me acerqué a la puerta, y lo mismo que ya hiciera la primera vez que estuve allí, también me llamó ahora:

—Un momento

O'Brien

—dijo.

Me volví a mirarle.

—¿Oí?

—Quisiera que me mantuviera informado de todo, ¿comprende?

—No se preocupe, que lo haré así.

Miré el reloj, ya en la calle. Eran las doce y treinta de la mañana. Si tenía suerte, podía muy bien hacer lo que deseaba antes de ir al hotel para efectuar la comida del mediodía.

La tuve.

Vi, frente al Búho, el «Mercedes Benz» que aquella noche llevara Beverly hasta el motel de la carretera, y me acerqué. Le miré por todos lados y luego, dando media vuelta, entré en el local, yendo directamente a la barra del mostrador.

Había, ahora, detrás de la misma, una muchacha de unos diecinueve años, morena, de pelo largo hasta media espalda, vistiendo una sencilla blusa sin mangas. El resto de su tocado desaparecía tras el mostrador.

—¿Qué desea tomar, forastero? —me preguntó, con una mecánica sonrisa en los labios.

—*Whisky* —dije.

Empezó a servírmelo, y entonces añadí:

—Me llamó

O'Brien;

investigador privado de Filadelfia. Quiero hablar con míster Larry Thompson.

La expresión de su rostro no cambió; tampoco dijo nada, se limitó a extender el brazo y a señalar la escalera del fondo. Bebí un

poco, y luego de dar las gracias, solté el vaso sobre el mostrador y caminé hacia el lugar indicado, preguntándome a qué se debería que la muchacha no me hubiese puesto traba alguna.

Había arriba un pequeño pasillo, con una puerta. Llamé a aquélla, empleando los nudillos de la mano izquierda.

—Adelante, está abierto.

Empujé la hoja de madera, crucé el umbral, y cerré a mi espalda.

Era un pequeño despacho, con una mesa abarrotada de papelotes, un pequeño sofá para dos personas, un par de sillones, un retrato del presidente de Estados Unidos, y Larry Thompson, sentado al otro lado de aquella mesa.

Alto, fuerte, de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad, con algunas hebras de plata en las sienes, ojos grises, un tanto cínicos, un tanto burlones, de pómulos ligeramente salientes, y de labios delgados e incoloros.

En conjunto, su rostro era correcto, y su tipo, el de un atleta.

—Siéntese,

O'Brien

—dijo, indicándome uno de los sillones—, y sea bien venido a mi local.

Ni siquiera me sorprendí de que supiera mi nombre. Al parecer, en Chester era yo el único forastero y la noticia de mi llegada, unida al asesinato de Larry Dunn, en un pueblo tan pequeño como aquél, había corrido de boca en boca como un reguero de pólvora.

Obedecí en silencio.

—¿Y bien? —me preguntó, apenas lo hubo hecho.

—Quiero hacerle unas preguntas —respondí, yendo directamente al grano—, respecto a Beverly Dunn.

Se recostó contra el respaldo del sillón que ocupaba, y sus ojos, ahora fríos, se clavaron en los míos.

—Supongo que deseará saber las relaciones que nos unen a los dos, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Es una buena amiga mía, pero no tanto como para que se pueda decir que haya algo entre nosotros, ¿comprende? Por otra parte, no creo que eso le interese a usted ni poco ni mucho, y si le he respondido a la pregunta,

O'Brien,
se debe a la amistad que me une a esa muchacha. Es..., es una buena chica.

—¿Tan buena como para que se le pueda dejar un «carro» como el que usted tiene en la puerta?

—Sí, así es —respondió, sonriendo—. Escuche,

O'Brien,
no sé qué es lo que trata de hacerle a Beverly, o a mí, pero, a pesar de todo, voy a decirle algo. Beverly se marchará de Chester, dentro de poco. Dejará, pues, de actuar en este local. Ella... necesitaba este trabajo a causa de su hermano. Todo lo que ganaba era poco para cuidarle, mantenerle, y ¡qué sé yo cuántas cosas más! Por eso le ofrecí el empleo. Ahora, como le he dicho, Beverly lo dejará, y se marchará del pueblo. Ella, según piensa, ya nada tiene que hacer aquí.

No dije nada, en unos segundos.

CAPÍTULO V

Luego, tampoco, porque fue él quién se adelantó a mis deseos, al añadir:

—En realidad,

O'Brien,

usted no vino sólo a preguntarme eso, ¿verdad?

—No; en realidad, vine a saber dónde se encontraba usted, la noche en que mataron al hermano de Beverly.

—Es chocante —respondió, con acento burlón—. Precisamente, conduciendo el coche, con el cadáver de Larry en el portamaletas. Luego, lo lancé al agua, pero se me olvidó lo esencial, ponerle una pesa en los pies. Un error lamentable por mi parte —se puso en pie, y preguntó—. ¿Alguna otra cosa?

—No, nada más —y le imité—. Gracias por esa información, míster Thompson, la verificaré.

Achicó los ojos.

—¿Me está diciendo, con eso, que sospecha de mí?

—Sospecho de todo el mundo que, de un modo u otro, esté relacionado con Larry Dunn, o con su hermana. Alguien lo hizo.

—¿Le ha preguntado también a la doctora West?

—Sí —dije—, y su respuesta me da que pensar. Ella, lo mismo que usted, también dice que le mató. Pero su versión de cómo lo lanzó al agua, no concuerda. Buenas tardes, míster Thompson, espero que nos volvamos a ver.

—Será un placer,

O'Brien

—me respondió con una sonrisa, rodeando ya la mesa para acompañarme a la puerta—, me gustan los hombres que, como usted, tienen sentido del humor.

—Gracias.

Salí, sin más, y me vi en la calle, mirando a mi alrededor.

Eran la una y quince minutos cuando encaminé mis pasos hacia el hotel donde me hospedaba; entré, yendo directamente al comedor.

Me encontraba pensando en ella cuando la vi, en una de las mesas más apartadas, de cara a la puerta, por lo que, a su vez, me vio a mí también, apenas entrar.

Me estaba llamando ya, con un gesto de su mano, y una sonrisa en sus labios, y, a medida que me acercaba, pude darme cuenta palpablemente de que volvía a sentir por ella la misma sensación de atracción que ya experimentara cuando la vi en mi despacho en Filadelfia; la misma fascinación.

—Hola, míster

O'Brien

—me saludó—. Vamos, siéntese, y cuénteme lo que ha averiguado.

Lo hice, al otro lado de la mesa, y respondí con otra pregunta:

—¿Puedo saber qué hace en este hotel, *mistress* West? Si mal no recuerdo, usted me dijo que tenía casa propia en Chester.

—Y es así —respondió, sin dejar de sonreír, inclinándose un tanto hacia mí, a través de la mesa—, pero perdí el bolso y no pude ir de compras; así que me dije que tal vez usted me pagara la comida del mediodía, y vine. Estaba decepcionada, creyendo que ya no le vería, pensando en marcharme, cuando se le ocurrió entrar. Como ve, es de lo más sencillo.

—Sí, desde luego, pero la invitación va a costarle a usted algo.

—¿Un precio? —indagó con los ojos muy abiertos—. ¿Muy elevado?

—Un simple beso.

Entornó un poco las pestañas, y se inclinó aún más sobre la mesa, tomando la iniciativa, con los labios entreabiertos. Le prendí entonces de una mano, y la besé. Cuando se soltó dijo:

—Por favor, nos están mirando, míster

O'Brien.

Era verdad; las miradas de los comensales estaban vueltas a nosotros, por lo que ella, luego del comentario anterior, añadió:

—Estaba por darle a usted otro, y de ese modo, les daría a ellos material para hablar. Me incliné yo.

—Si quiere...

—¡Oh! No, aquí, no.

—¿Dónde, entonces?

—Venga a mi casa, esta noche.

—Si lo hago, luego no querré marcharme.

—No tendrá necesidad de hacerlo, ¿comprende? Y ahora...

—Dígame una cosa, *mistress* West —la interrumpí—, ¿dónde está míster West?

Sus ojos se nublaron.

—Murió, Dick —dijo llamándome, de pronto, por mi nombre de pila—. Murió en un accidente, hace tres años.

—Y por eso abandonó el centro médico en Filadelfia, y se vino a vivir aquí, ¿verdad?

—Sí, así es.

No respondí, me limité a encargar la comida para los dos, y esperé a que nos la hubieran servido. Pero fue ella la que preguntó primero:

—¿Averiguó algo?

—Sí, un poco, pero no sé aún adónde conduce —respondí, mirándola fijamente—. Hay quien dice que fue usted la que le mató. Que le dio a fumar marihuana, posiblemente usándola en él como un nuevo experimento y que, más tarde, quizá porque él, víctima de la droga, la atacó, usted se defendió, dándole un golpe, que le causó la muerte por accidente; pero que cometió el error de, en vez de avisar a la policía, obrando por cuenta propia, tratar de hacer desaparecer su cadáver.

Esperé que se enfadara, que dijera algo fuerte, esperé cualquier cosa, pero no, indudablemente, lo que ocurrió a continuación de mis palabras:

—Sí, confieso que pude hacerlo yo. Tenía, si no el motivo, todas las ventajas de mi parte. Sí, pudo ocurrir así. No, no es descabellada esa idea, Dick. Luego tomé el coche, y fui en busca de un detective privado, como coartada para mí. ¿Qué es lo que piensa usted? ¿Cree que, efectivamente, fui yo la que maté, accidentalmente no, a Larry?

—Aún no sé lo que pensar —dije.

—Eso es mucho más que nada, y le doy las gracias. Pero no fui yo quien lo hizo —me miró pensativamente y añadió—: ¿Quién le dijo que estaba drogada, y sobre todo, cómo le drogaron?

Una vez más, me vi explicando aquella historia, y, una vez más

también, respondió ella:

—Una teoría muy acertada. Yo soy doctora, entre otras cosas, y muy amiga de Larry. Se puede decir que prácticamente el muchacho no se movía de mi lado. Sí, desde luego, tuve la ocasión. El que inventó esa historia, sabía de Larry casi tanto como yo. ¿Qué fue lo que le dijo Beverly al respecto?

—¿Cómo sabe que me dijo algo?

—No lo sé, pero lo sospecho. Beverly se fue con usted tan pronto como terminó con su actuación en el Búho, y sé que usted y ella pasaron la noche juntos. Les vieron entrar en la casa de ella y luego usted ya no volvió a salir. Supongo que, en el transcurso de la noche, ella tendría tiempo de decirle algunas cosas.

—Sí, así fue. Beverly también cree que usted mató a su hermano.

—Sospechaba que era así —me replicó con perfecta calma.

—¿Por qué?

—Sus relaciones conmigo se enfriaron del todo, apenas si se supo la desaparición de Larry. Ahora, si se cruza conmigo, o vuelve la cara hacia otro lado, o, si me saluda cuando voy acompañada, es por puro compromiso.

Cambié de conversación con una presunta:

—¿Qué sabe usted de míster Larry Thompson?

—Que es el dueño del Búho.

—Eso ya lo sé, *mistress* West —repuse—, pero no era eso...

—Lo sé —me interrumpió—. Bueno, es un hombre rico, atractivo, que gusta a las mujeres, y que es el amante de Beverly.

—Ella niega eso, y él también.

—No lo discuto, pero ellos se quieren. Cuando llegue a oídos de Thompson que usted visitó a su amiguita, no le va a gustar. Y se enterará, Dick. El es poderoso aquí, y tiene cierta amistad con el *marshall*.

—Lo que en otras palabras quiere decir que...

—Hará que le expulsen a usted de Chester, de un modo u otro, y eso no creo que le interese. No, pues me perdería como cliente, y, tal vez, con su marcha, el asesinato del pobre Larry quede impune.

—Espero que eso no ocurra.

Continuamos comiendo en silencio, hasta que, de un modo repentino, lo rompí con una nueva pregunta:

—Quisiera que me dijera una cosa, si la sabe, *mistress* West; se trata de Larry, por supuesto. Además de usted misma, ¿qué amistades tenía? Me refiero...

—No se esfuerce, Dick —respondió, mirándome a los ojos—, que sé lo que quiere decir. Por esa parte no encontrará nada. A Larry le conocían en todo el pueblo. Entraba y salía en las casas que le venía en gana. Le toleraban en todas partes, quizá porque, al tolerarle, les servía a ellos de motivo de burla, de diversión. Me entiende, ¿verdad? Luego, estaban esos *hippies* que trabajaban con él, en el taller de reparaciones. Joe, entre otros.

—¿Qué sabe de ellos?

—Nada —replicó Diane—. Nada en particular, y creo que la policía local tampoco, o el *marshall* les hubiese expulsado o incriminado.

No dije nada, continué comiendo, y, de este modo, en silencio, dimos fin a lo que nos habían servido.

Al terminar, pregunté:

—¿Nos vamos?

—¿Va a llevarme a mi casa? ¿No le parece temprano para eso?

Me levanté, rodeé la mesa, retiré su silla cuando empezó a levantarse, me dio las gracias, y puse mi mano en su cintura, y le fui empujando de aquel modo hasta la calle.

Respondí a su pregunta apenas pisamos la acera, soltándola por supuesto:

—Es temprano, desde luego, por lo que aquí nos separamos, doctora. Tengo trabajo, ¿comprende? Estoy buscando a un asesino.

—Sí, lo sé —se me acercó, se empinó sobre las punteras de sus zapatos de alto tacón, y me dio un beso fugaz. Entonces añadió—: No tiene necesidad de llamar, si no quiere, Dick. Encontrará una llave en un macizo de flores que hay a la entrada de la casa, junto al marco izquierdo de la puerta de la calle.

No esperó mi respuesta; me volvió la espalda y, por espacio de algunos segundos, vi cómo se alejaba de mí; di media vuelta a continuación, y empecé a andar en sentido opuesto.

¿Qué había logrado sacar en claro?

Nada, a no ser que Diane West sabía que Beverly sospechaba de ella como la autora de la muerte de su hermano. Nada, a no ser enterarme asimismo de que su marido había muerto en un

accidente, en Filadelfia.

Vi la cabina telefónica, poco después.

Entré sin una sola vacilación, levanté el auricular y, como esperaba, hasta mi llegó la voz de la operadora de larga distancia.

—Quiero hablar con míster Jim Forrest, de Filadelfia. Llamada de persona a persona —dije.

Di el número a continuación, y ella respondió entonces:

—Deposite en la ranura una moneda de dólar y diez centavos, y no cuelgue.

Obedecí.

Tres o cuatro segundos más tarde, Jim estaba en comunicación telefónica conmigo:

—Te llamo desde Chester —le dije—, y quiero algo de ti.

—Sí, ya lo he supuesto. Tú siempre tienes por costumbre molestar a los amigos cuando menos falta hace. ¿Qué ocurre ahora?

—Quiero saber todo lo relacionado con la muerte de un tipo llamado West.

—¿Y qué más?

—No sé su nombre de pila, si a eso te refieres, Jim, pero está casado, o estaba casado con una doctora en psiquiatría, llamada Diane West. Encontrarás todo lo referente a ella en el Medical Psychiatric Center Hospital de Filadelfia. El marido murió en accidente.

—¿Para cuándo quieres esa información?

—Si puede ser hoy mismo, Jim.

—Eso será...

—Haz lo que puedas, más de lo que puedas, lo imposible. ¡Ah!, te llamaré esta noche a tu casa, por si ya sabes algo.

—¿Por qué no te llamo yo, Dick?

—Por la sencilla razón de que no sé el número de teléfono de la dama con la que tengo una cita. Gracias, Jim.

Corté la comunicación, sin esperar a que continuara hablando, a que adujera algo en contra, y empecé de nuevo a caminar por la acera, ahora en dirección al taller de reparaciones.

Estaba cerrado cuando llegué, por lo que opté entonces por ir de bar en bar, pensando que era allí, en cualquiera de ellos, donde encontraría a Joe.

No le vi a él, pero sí a tres *hippies*, con sus largas melenas sobre

los hombros, sentados en la barra, con latas de cerveza en las manos, frente a un barman al que no parecía agradarle mucho aquella visita.

Me acomodé en otra, y también pedí cerveza.

Cuando me la sirvió, hice una seña para que el barman se inclinara sobre mí, y entonces pregunté:

—¿Puede decirme si éstos de ahí, son amigos de ese Joe que trabaja en...?

—Sí, así es. Pero, por favor, no busque cuestiones aquí, ¿quiere?

—No lo haré —afirmé.

Tomé la lata de cerveza, y bebí un poco.

Fue entonces, al soltarla sobre el mostrador, cuando pregunté, levantando la voz:

—¿Ha visto alguno a Joe?

Las risas y bromas se cortaron en seco, y el silencio cayó como una losa de plomo sobre el local, mientras me miraban, tal vez un tanto sorprendidos.

CAPÍTULO VI

Hasta que el silencio lo rompió uno de los tres:

—¿Ha visto alguno a Joe? ¿Ha visto alguno a Joe? —Me remedó —. Oye, tú, Bob, ¿has oído la pregunta del viejo? ¿Conocemos nosotros a algún Joe? Vamos, ¿quién es ese Joe?

El llamado Bob miró al otro *hippy*, e inquirió:

—¿Sabes tú si trabaja con nosotros algún Joe? Yo no le conozco. Oye, ¿por qué será que siempre esos asquerosos tipos de la «bofia» están haciendo preguntas? Vamos, viejo, lárguese a otro bar, y déjenos tranquilos. No conocemos a Joe alguno. Pregunte en otro lado.

Me puse en pie, abandonando el taburete, mientras que el *hippy* se volvía hacia el mostrador, tomando su lata de cerveza, y los otros dos me observaban con burlón gesto petulante.

—Joe... Joe... ¿Ha visto alguno a Joe?

Elevó la lata hasta sus labios justo en el momento en que yo llegaba a su lado.

Le toqué en el hombro, diciendo:

—Amigo, te hice una pregunta, y no fue precisamente para recibir una burla ni para recibir un insulto...

Entonces fue cuando se volvió; vi el movimiento de su mano empuñando la lata de cerveza, meladeé un poco, sólo lo indispensable, y disparé la pierna derecha contra el taburete.

Un segundo después, el *hippy* y su lata de cerveza se estrellaban contra la pared opuesta, y los otros dos cargaban contra mí.

Me agaché en el momento justo, me erguí a continuación, también en el momento justo, y el segundo de los *hippies* se vio elevado hasta el techo, impulsado por mi espalda, volteando hacia atrás, y no supe luego dónde cayó, pues el tercero me lanzaba al rostro su puño derecho, grande como una pala. Esquivé por puro milagro y, de un golpe de karate, le envié junto al primero, que en

aquel momento se estaba poniendo en pie.

Se consultaron con la mirada, y casi al instante llevaron las manos a los bolsillos. Entonces salté a mi vez hacia atrás, junto a la pared, con lo que podía verles a los tres. También se estaba poniendo en pie, surgiendo de detrás de una silla, con una navaja en la mano; exactamente lo mismo que los otros dos.

Entonces fue cuando saqué la pistola de la funda sobaquera.

—Un momento, amigos, por favor —dije—, o le haré daño de verdad a alguno.

Se detuvieron en seco, en su avance, pero no soltaron las navajas. Detrás del mostrador, pegado al auricular del teléfono, se encontraba el barman, con el rostro demudado.

Sabiendo lo que iba a ocurrir, pregunté:

—Vamos, muchachos, ¿por qué no tiran eso a mis pies?

—Y un cuerno, viejo, eso es lo que vamos a hacer. Tú no vas a atreverte a disparar —miró a los otros, y añadió—: La «bofia» va a venir dentro de poco, y este tipo de ciudad...

Saltó hacia mí, y apreté el gatillo.

La mano sé le tiñó en sangre, dio una vuelta sobre sí mismo, y cayó de rodillas. Los otros dos se detuvieron en su avance.

—Vamos, tirad eso a mis pies.

Lo hicieron, justo cuando el coche de la policía se detenía frente a la puerta del bar, y entraban.

De uniforme los tres, incluyendo al *marshall*, que se volvió a los dos agentes que le acompañaban.

—Ponlos de cara a la pared, y regístrelos. Luego, te los llevas y les fichas.

—¿Que nos...? Oiga, polizonte, ¿puede decir de qué nos va a acusar?

—Por el momento, de escándalo público, de alterar el orden, de llevar en el bolsillo armas prohibidas, y de algunas cosas más, que me reservo para cuando llegue el caso. ¡Ah!, Red —le indicó a otro de los agentes—. Por el camino a mi oficina léeles cuáles son sus derechos. Y usted,

O'Brien,

guarde esa pistola, y dígame qué fue, en realidad, lo que pasó aquí.

Salían los dos agentes con los tres *hippies*, cuando contesté:

—Les pregunté por Joe, y empezaron a burlarse. Esto, en

particular, no tiene mayor importancia para mí, como tampoco la tuvo el que me llamara uno de ellos sucio policía o algo así. El hecho es que me atacaron casi los tres al mismo tiempo —miré al barman, que nada decía, y pregunté—: Dígame cuánto le debo por esos desperfectos, y se lo pagaré ahora mismo.

Me refería a un par de sillas rotas y una mesa.

—Tendrá tiempo de hacerlo más tarde, amigo —me respondió.

Iba a contestarle, cuando intervino el *marshall*:

—¿Para qué buscaba a Joe,

O'Brien?

—me preguntó.

—Sencillamente, quería hablar con él, respecto a Larry. Ya le expliqué lo que me dijo antes...

—Y usted no está conforme con su primera declaración, ¿verdad? —me interrumpió.

—No, no lo estoy, y ésa es la verdad. No me pregunte en qué baso mi afirmación, porque no lo sé. Digamos que tengo una corazonada, y nada más.

—¿No me estará ocultando algo?

Sacudí la cabeza en sentido negativo, y respondí:

—Nada; le he dicho, desde que llegué a Chester, todo cuanto sabía, *marshall*. Si averiguo algo más, tenga en cuenta que me pondré en contacto con usted. Y ahora, si no le sabe mal, me gustaría seguir buscando a Joe.

—¿Por qué a Joe?

—Creo que a esa pregunta ya le respondí a usted, y a esa respuesta añadiré ahora que a falta de otra cosa mejor. No hay muchas diversiones en este pueblo para un hombre como yo.

—Exacto, cuando no se trata de Beverly Dunn.

—¿Qué insinúa, *marshall*?

—Nada, pero tenga cuidado,

O'Brien.

No quiero que se altere el orden en Chester, por una mujer más o menos, ¿entiende? Otra cosa es un asesinato —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Averiguó algo respecto a la doctora West?

—Nada, por el momento, *marshall* —respondí—: ¿Y usted?

—Tampoco. Su declaración de ahora es exactamente la misma que ya nos dio en su momento.

Dio media vuelta, y se encaminó hacia la salida, sin volver la cabeza. Tampoco hice nada por detenerle, sino que me encaminé hacia la barra. Tomaba asiento sobre uno de los taburetes cuando le oí preguntar, desde la puerta:

—¿Qué piensa hacer con esos tres;

O'Brien?

Ladeé la cabeza para mirarle.

—Eso es cuenta suya, *marshall* —dije—; por mi parte, y, por el momento, no hay denuncia alguna.

—Lo que quiere decir que los prefiere en la calle que entre rejas. ¿Verdad?

—Sí, así es.

—Correcto; es cosa suya y no mía, pero no olvide que le atacaron con arma blanca.

—Yo no vi nada de eso.

—¿No...? Pues uno de ellos está herido.

—Se cortó con un cuchillo.

Se echó a reír, cosa que no esperaba que hiciera, y me respondió:

—De acuerdo una vez más, sabueso. Los soltaré. Por el momento, no hay cargo alguno, pero me reservo el derecho de acusarles para más adelante.

No tuve nada que objetar a aquello, por lo que se fue, dejándome solo.

Empecé a beber de mi lata de cerveza, pensando; hasta que repentinamente llegué a la conclusión de que necesitaba un coche, y de algo más; que allí, en Chester, que yo supiera, no había lugar alguno donde poder alquilar un automóvil.

Terminé con la lata de cerveza, di las gracias al barman cuando no quiso cobrarme el desperfecto de las sillas y la mesa, y salí a la calle.

Eché a andar.

Observando a mi alrededor, dándome cuenta, por primera vez desde que llegara allí, que Chester era una población elegante y bien acondicionada, bonita, de casas de una sola planta, como chalets, rodeadas de amplios jardines, bien pavimentadas calles, por lo menos las principales, y con olor a limpio, a elegancia, aunque sus habitantes estuviesen, quizá, un tanto podridos.

Diez minutos más tarde, atravesé al otro lado de la verja de hierro que cerraba el acceso a la casa de la doctora West, y empecé a andar a continuación por el camino que, desde allí, entre árboles y macizos de flores, conducía al porche, y a la entrada a la casa.

Llamé, empleando el zumbador.

Un minuto escaso más tarde, vi ante mí a una mujer, de unos cuarenta años de edad, bien conservada, por supuesto. Me llevé la mano al sombrero, me lo quité y pregunté, mucho antes de que ella lograra articular palabra.

—Me llamo Dick

O'Brien

—dije—, ¿está en casa la doctora West?

Se apartó a un lado, con una sonrisa.

—Pase, míster

O'Brien

—respondió, para añadir, una vez me encontré en el amplio y elegante *hall*, de blanco mármol—. Espere un momento, por favor. Avisaré a *mistress* West que se encuentra usted aquí.

Me mantuve en pie, y la seguí con los ojos hacia una de las puertas que tenía casi frente a mí, al otro lado, por la cual desapareció.

Un par de minutos más tarde, la tenía de nuevo frente a mí.

—Por aquí, por favor —me indicó—. *Mistress* West le está esperando.

Me condujo, sin añadir más, al *living-room*, frente a la que en aquel momento se levantaba del sofá, donde se encontraba tendida leyendo, para luego salir a recibirme, mientras que la mujer se retiraba discretamente, sin pronunciar palabra.

Se detuvo muy cerca, escudriñando mi semblante, con ojos llenos, al principio, de preocupación.

—¿Ocurre algo? ¿Qué es lo que...?

Se interrumpió casi en seco, y sus ojos cambiaron ahora, llenándose de regocijo, con lo que me di cuenta de que estaba adivinando todos y cada uno de mis pensamientos.

Di un paso, y la prendí con ambas manos por la cintura.

—¿Qué ocurriría, *mistress* West —dije—, si alguien entrara de visita en casa de una doctora, y este alguien le diera un beso, y luego le pidiera un favor?

Sus ojos estaban más burlones, más regocijados que nunca, cuando contestó:

—Primero creo que la visita debe abrazar a la doctora, y después del beso, esperar la sentencia; esperar a ver si ella concede o no el favor que la visita va a solicitar luego.

Deslicé mis manos hasta sus hombros, la atraje un poco, y ella dio el siguiente paso, al llevar sus manos a mi cuello, la caricia de cuyos dedos noté en mi nuca y en mi cabello cuando se me abrazó, con lo que el beso fue interminable entre los dos.

Al soltarse, pregunté:

—¿Le gustó?

—¡Pues claro que sí, tonto! —respondió, sin ambages—. Y tiene un sobresaliente en el examen. Quizá, más tarde, puede darle a usted matrícula de honor. Veamos ahora, ¿cuál es su petición?

Seguía la burla y el regocijo en sus ojos cuando contesté:

—Quiero dar un paseo, y necesito un coche. Creí que podría prestarme el suyo.

Se apagó el regocijo de sus ojos, dando paso a una sospecha; y de pronto supe que ella, una vez más, había logrado penetrar en mi pensamiento.

—Voy con usted, Dick —dijo—. Si me espera un momento... —Pero...

—Quiero acompañarle. O me lleva con usted, o no hay coche.

—Voy a ir a un lugar...

—Sé dónde vamos a ir —y acentuó la palabra «dónde», y por eso quiero acompañarle. Espere, voy por las llaves.

Dio media vuelta, y se encaminó hacia una de las dos puertas que había al extremo opuesto del *living-room*.

Se fue, sin darme tiempo a responder.

CAPÍTULO VII

Saqué el coche de la carretera y lo detuve junto a un espeso seto, bajo unos árboles, y me volví a mirarla.

El silencio, a nuestro alrededor, era impresionante, sólo roto de vez en cuando por el rumor de las olas al romperse en blanca espuma sobre la arena de la playa que se extendía ante nuestra vista, blanca y desierta.

—De no venir aquí, me hubiera traído el *bikini*. Dan ganas de darse un baño, pero..., pero no sería agradable ahora, en este lugar.

Abrí la portezuela, diciendo:

—Si quieres fumar...

—Lo único que quiero, amor, es ir contigo adonde tú vayas. Espera un momento —extendió las piernas hacia mí, y pidió—: ¿Quieres ayudarme con los zapatos?

Tomé uno de sus pies, la descalcé, y repetí la operación con el segundo.

—Acompáñame, testaruda del infierno —dije—. Anda, sal del coche, de una vez.

Vino a mi lado, y pasé mi brazo por su cintura, y de este modo caminamos en silencio hasta las olas.

Cuando aquéllas casi nos alcanzaban los pies, comenté:

—Creo que fue aquí donde le encontraron. La marea arrojó su cadáver a la playa.

Noté cómo se estremecía, y, sin soltarla, empecé a alejarme en dirección contraria adonde había estacionado el coche.

Había muchas huellas por allí; las unas ya las habían borrado las olas, pero las otras perduraban. Incluso pude ver con claridad el lugar donde había sido arrastrado el cuerpo de un hombre y las suelas de las pesadas botas de la policía, los neumáticos de un par de coches, también de la policía, pero nada más.

Al levantar los ojos para mirarla, vi la casa.

Una casa edificada sólidamente a pocas yardas de la playa, a unas trescientas yardas del lugar donde nos encontrábamos ahora, con un pequeño embarcadero que se adentraba en el mar.

Aquel embarcadero podía ser muy bien el lugar por el cual lanzaron a Larry a las olas.

No se lo dije a ella, pero sí pregunté:

—¿De quién es aquella casa, Diane?

—¿Aquella...? Bueno, de Don Murray. Todo el mundo la conoce, en Chester.

—¿Quién es Murray? —inquirí.

—Un amigo. Es decir, un conocido. No olvides que todos nos conocemos en el pueblo, Dick —me miró atentamente y añadió—: Si estás pensando en Murray como posible asesino de Larry, descarta esa idea.

—¿Por qué?

Dio ella una prueba más de inteligencia, cuando contestó:

—Sería demasiada coincidencia. Ciertamente que, desde el embarcadero, pudieron lanzar al agua a Larry. Ciertamente que quizá lo hicieran desde allí, pero no es menos cierto que cualquiera pudo hacerlo, sin necesidad de que fuera Murray. Incluso yo misma. No olvides que, incluso para Beverly, soy la principal sospechosa, y quizá también lo sea para ti.

No contesté a aquello; me limité a empezar a andar en aquella dirección, y ella me siguió, prendiéndome del brazo después.

—¿Puedo saber adónde me llevas?

—¿Yo...? A ninguna parte —respondí—. Voy, sí, a echar un vistazo a esa finca.

No replicó. Se limitó a no soltarse de mi brazo, y a continuar andando a mi lado.

Veinte minutos más tarde, nos encontrábamos al pie mismo de la escalinata que daba acceso a la entrada.

—Llámale, Diane —dije—. A ti te conoce.

—¿Que le...? Apuesto a que no está aquí, y, si me equivoco, te apuesto a que, aunque me haya visto venir y reconocido, no abrirá la puerta.

—¿Por qué?

—Puede tener alguna visita femenina ahí dentro. El lugar está construido ex profeso para eso.

—¿Lo has comprobado por ti misma, Diane? —pregunté.

Se soltó de mi brazo y se detuvo.

La miré; tenía el rostro tan impassible como una esfinge.

—Creo que será mejor que te deje solo, Dick —dijo—. Te esperaré en el coche.

—No he querido molestarte, Diane —fue lo que respondí.

—Pues lo has hecho —replicó ella fríamente.

—¿Serviría de algo si te pidiera disculpas?

—No lo sé —y antes de que lograra decir algo más, le llamé—: ¡Don! Vamos, Don, contesta. ¿Tienes visita...?

El eco hizo que su voz recorriera la playa de un extremo a otro y que luego se perdiera en el mar, pero, desde el interior de la casa, nadie respondió a su llamada.

—Ya te lo dije —machacó ella—. O no está ahí, o tiene visita.

No respondí; me desprendí de su brazo, pues se había prendido de nuevo del mío, y caminé hacia la escalera de madera. Empecé a subir.

—Dick... ¿Pero...? Dick...

Continué subiendo, y, tras una ligera duda, ella vino detrás.

Nos detuvimos junto a la puerta, casi en seco. No tuve que mirarla; la crispación de los dedos de su mano sobre mi brazo me dijo, sin ser ni psicólogo ni psiquiatra, que estaba tensa, con los nervios hechos un puro asco. La puerta, entornada, que teníamos frente a nosotros, era capaz, por sí sola, en su siniestro significado, o por lo menos ella lo creía así, estoy seguro de aquello, capaz de erizarle el cabello a cualquiera. También, por supuesto, de alterar los nervios.

Me solté de su mano, y hundí la mía en la funda sobaquera, de la cual extraje la pistola.

—Quédate aquí, Diane —dije.

Y entré, sin esperar a que diera su asentimiento.

No había nada allí; un pequeño *living* que hacía las veces de comedor, y dos puertas al fondo.

Abrí una de ellas de un empujón, llevando el cañón del arma a la altura de la cadera.

Un dormitorio, con una cama. Al fondo, una ventana abierta, y detrás de aquélla, los árboles, y más allá la carretera por la que habíamos venido; pero el dormitorio estaba vacío.

Abrí la otra; oí casi a mi espalda la respiración anhelante de Diane, y me detuve de pronto, dándome cuenta de que, por el momento, ya no tenía que buscar más. Una de las personas en las cuales había centrado mi atención, estaba allí, en el centro de la habitación, un dormitorio también, pero más pequeño que el anterior, caído de lado, con un balazo en la nuca. —No mires— dije.

Pero Diane ya lo había visto.

—¿Es..., es... Joe...?

—Sí, así es. Creo... que no me equivoqué cuando le dije al *marshall* que no estaba conforme con la primera declaración que me hizo. Vamos, doctora, sal de aquí, estás a punto de desmayarte.

—En eso te equivocas, Dick. Confieso que me impresioné por lo imprevisto, pero nada más. Me encuentro bien y serena. Espera, le lanzaré un vistazo, sin tocarle para nada.

No esperó Diane mi asentimiento; pasó por mi lado, se arrodilló al lado del *hippy*, y le examinó rápida pero concienzudamente;ladeó luego la cabeza para mirarme.

—Tiene un balazo en la nuca, sin orificio de salida, posiblemente disparado a muy corta distancia por una 22. La muerte tuvo que ser instantánea —declaró fríamente, y la admiré por eso—. Ahora, supongo, que nadie podrá culparme de esa muerte. Creo que tengo coartada esta vez.

—¿Sí...? ¿Y puedo saber cuál es?

—Con todos mis respetos para el muerto, Dick —dijo con no menos frialdad—, mi coartada eres tú. Verás —añadió de prisa, para no dejar posibilidad alguna de que la interrumpiera—, a juzgar por el *rigor mortis*, a Joe le mataron sobre poco más o menos cuando tú me estabas besando en mi casa, para pedirme luego las llaves de mi coche.

Se puso en pie y pregunté:

—¿Tiene teléfono esta cabaña?

—No. Eso también forma parte del juego de Don. No le gusta ser interrumpido cuando viene con una chica aquí. Pero mi coche sí lo tiene. Voy a llamarles ahora mismo. ¿Vienes?

Negué con la cabeza.

—Hazlo tú sola, muchacha. Yo voy a quedarme unos minutos por aquí, por si descubro algo.

Salió, y empecé con el registro.

Por supuesto que no encontré nada, por lo que, a los pocos minutos, abandoné el edificio y salí a la playa.

Poco después, encontré a Diane, sentada en el interior de su coche, fumando pensativamente.

—No tardarán en llegar, Dick —me dijo apenas si me vio—. Anda, toma un cigarrillo. Eso te calmará un tanto los nervios —me dio uno, que encendí, y preguntó a continuación—: ¿Encontraste algo?

—No, nada, esto parece la obra de un profesional. No hay rastro alguno.

—Sí, eso es lo que esperé que me dijeras, Dick. Es... lo mismo que ocurrió con Larry, salvo en una cosa; a Joe no le lanzaron al agua.

—Quizá porque no tuvo tiempo —respondí—. Tal vez le mató y, al ir a sacarlo de la cabaña, vio u oyó algo que le obligó a largarse de aquí, dejando el cadáver donde lo encontramos.

El aullido de la sirena del coche de la policía interrumpió lo que Diane iba a decirme. Eran tres y el *marshall*.

Que nos miraron con suspicacia a los dos, y que luego, el segundo, preguntó:

—¿Dónde está el cadáver?

—En la casa, como ya le dije a usted, *marshall* —respondió ella.

—No se muevan de aquí hasta que volvamos, por favor —nos pidió.

No contestamos ninguno de los dos, y se fueron los cuatro.

Aún no habían llegado a la cabaña de Don Murray, cuando el aullido de la sirena de la ambulancia nos sobresaltó un tanto.

Después, todo quedó en silencio, incluso nosotros dos.

—¿Cómo ocurrió,
O'Brien?

Era la pregunta que esperaba, y que el *marshall* me formuló, apenas si nos encontramos de nuevo reunidos, junto al coche de Diane West, y después de que se llevaran a la Morgue el cadáver del *hippy*.

—En realidad, no lo sabemos ninguno de los dos. Simplemente, que se me ocurrió la idea de venir a examinar el lugar donde

arrojaron al agua a Larry. No tengo coche. Es decir, dejé el mío en Filadelfia, pues fue *mistress* West la que me trajo hasta aquí, por lo que fui a pedirle las llaves del suyo. Decidió venir conmigo. Examinamos ese trozo de playa, pero no encontré nada interesante. Luego, vi esta cabaña; *mistress* West me habló de Don Murray, y ambos nos acercamos aquí con ánimo de hablar con él, si es que se encontraba en la finca. El resto ya lo sabe usted, *marshall*, encontramos el cadáver donde usted lo vio.

—¿Tocaron algo?

—Nada —respondí—, salvo la puerta de entrada a la casa, que estaba entornada. Tuve que empujarla para poder entrar.

El *marshall* desvió los ojos de los míos para mirar a Diane.

—¿Tocaste tú algo? —preguntó.

—No, nada, por lo menos que yo recuerde. ¡Ah! Tengo, para este crimen, una coartada perfecta.

—¿Acaso crees que te hace falta una coartada, Diane?

Si esperaba desconcertarla, se equivocó, pues ella respondió con perfecta calma:

—Eso nunca se sabe, cuando una trata con hombres como usted, *marshall*; que tienen la malhadada idea de sospechar de todo y de todos cuantos se ponen a su alcance —me miró, preguntando—: ¿Nos vamos ya, Dick?

Asentí en silencio, añadiendo de viva voz:

—Sí, si el *marshall* no tiene inconveniente.

No lo tenía, por lo que esperamos a que subiera a su coche, y Diane y yo subimos al de ella. Aguardó pacientemente a que el patrullero se perdiese en la distancia, y sólo entonces lo puso en marcha.

Estaba cayendo la noche cuando emprendimos el regreso a Chester.

Diane lo detuvo frente a la puerta del Búho, y la miré con sorpresa.

—¿Para qué me has traído aquí? —pregunté.

—Creí que ibas a invitarme a cenar —respondió—. Entretanto, puedes recrear los ojos en las piernas de las bailarinas. Son inmejorables.

—Baverly estará ahí también, esta noche, ¿no?

Me miró, abriendo mucho los ojos.

—Por supuesto que sí, querido. Pero si tienes algún inconveniente...

—No, no lo tengo —repliqué, interrumpiéndola, y a continuación, pregunté—: ¿Sabes dónde vive Murray?

—Por supuesto que sí, querido. ¿Para qué? No me dirás que vas a ir a verle ahora, ¿verdad?

—¿Y por qué no he de hacerlo?

—Por la sencilla razón de que, si no soy tonta, ahora debe encontrarse con el *marshall*, sometido a un interrogatorio. ¿Me invitas a cenar?

Abrí la portezuela del coche, y descendimos. El «Mercedes» blanco que de vez en cuando tenía por costumbre conducir Beverly, se encontraba allí, estacionado a muy pocas yardas de donde Diane dejó el «Jaguar».

Entramos cogidos de la mano, y ocupamos casi a continuación una de las mesas cercanas a la pista.

Diane fue la encargada de pedir la cena para los dos y luego, cuando la camarera se hubo alejado lo suficiente, preguntó:

—¿Bailamos? Supongo que te parecerá impropio esta petición mía después de lo ocurrido, pero la verdad es que deseo aturdirme un tanto. Estoy nerviosa.

No lo parecía, pero no la contradije; la tomé de la cintura y la empujé hacia la pista; unos segundos más tarde, ambos estábamos bailando.

CAPÍTULO VIII

A pesar de lo que Diane pensara, de lo que yo creía también que ocurriría, si bien Beverly actuó aquella noche, no se acercó a nuestra mesa ni por equivocación. Se diría que aparentaba no vernos, que no se había dado cuenta de nuestra presencia en el local, lo que por supuesto no era así, ni mucho menos.

Nos marchamos un poco antes de que terminaran la actuación, y nos encaminamos a un bar, donde tomamos una copa, luego a otro, y ya, al ir a cerrar, a un tercero. Regresamos después adonde estaba el «Jaguar» de Diane.

Subimos, y, al hacerlo, me di cuenta de que el «Mercedes» había dejado su aparcamiento; ya no estaba allí, y me pregunté si Beverly iba a reunirse aquella noche con el dueño del Búho, o era éste quién conducía sólo el coche de su propiedad.

No pronunciamos palabra alguna, en el camino, hasta llegar a la puerta de la casa de Diane, camino que recorrimos en minuto y medio o tal vez menos.

Descendimos, y en la acera nos miramos de frente.

—Si quieres tomar una copa, Dick —dijo—, puedes entrar. Creo que es una buena hora para hacerlo, y para luego irse a dormir. Anda, lleva el coche al garaje. Lo encontrarás en la parte trasera de la casa. Yo te espero aquí.

Pasé a ocupar el lugar del volante y, mientras ella se situaba sobre la acera, puse marcha atrás, y luego lo llevé donde me había dicho.

Cerré la puerta a mi espalda y, lentamente, empecé a rodear la casa.

Diane se encontraba donde me había dicho, junto a la enrejada puerta que daba acceso al enarenado camino que desde allí conducía a la casa, vuelta de espaldas a mí.

Empecé a andar, sin decirle nada.

No sé cuántos pasos di, pero tuvieron que ser muy pocos; apenas tres o cuatro, si acaso, y entonces vi el coche. Tal vez no me hubiera llamado la atención, de no tener los faros apagados, y de que venía acelerando cada vez más.

Un toque de alarma repiqueteó en el interior de mi cerebro, y entonces salté hacia ella, gritando:

—¡Cuidado!

El encontronazo fue terrible, y nos llevó a los dos rodando por el suelo unas yardas, mientras que los disparos sonaban sobre nuestras cabezas, ahogados por el rugido del motor del coche y por el silenciador que, adaptado, llevaba el arma.

Cuando logré ponerme en pie para sacar la pistola, toda señal del coche atacante había desaparecido.

Me volví a mirarla.

Diane West se estaba poniendo trabajosamente en pie, por lo que, guardando el arma, me apresuré a ayudarla.

—¿Te has hecho daño? —pregunté—. ¿Te encuentras bien?

—No es nada, Dick. Tan sólo un ligero golpe en la rodilla, que ya pasará —estaba pálida—. Creo..., creo que debo darte las gracias. De no estar tú a mi lado, ahora estaría tan muerta como lo están Larry y Joe. ¿Qué he hecho para que deseen matarme a mí también? ¿Lo sabes tú, Dick?

Negué con la cabeza, tomé de su temblorosa mano las llaves de la puerta, franqueé la entrada, y le llevé del brazo hasta la de acceso al interior de su casa, y de allí al *livingroom*, donde casi la obligué a que se sentara en el sofá.

—Voy a prepararte una copa, doctora —dije—. A pensar de tu aparente frialdad, eres una simple y sencilla mujer, a la que ahora voy a dar un estimulante, si no quiero, en realidad, que se desmaye.

Fui al bar, sin que ella respondiera, escancié licor, y con ambos vasos en la mano, me acerqué a ella, le di uno, y me senté a su lado. Se lo bebió casi con avidez, y me miró luego a los ojos.

—¿Quién, Dick, quién lo hizo? ¿Quién y por qué trata ahora de matarme?

—Tal vez sepas algo con referencia a la muerte de Larry, que te has olvidado mencionar —respondí.

—¿Saber...? ¿Que yo sé...? ¡Eso es una locura, Dick! ¿Qué puedo saber yo, que no te haya dicho a ti o al *marshall*?

—Posiblemente, nada —dije—, pero él, quien sea, no lo cree así. Dame una idea, Diane, una sola, algo que tenga en verdad consistencia y es posible que yo haga el resto. Hasta ahora, estoy dando palos de ciego —y no quise decirle que tenía una vaga idea, una sola, pero que era tan débil, que apenas si significaba nada en todo aquello—. Una sola —repetí—, y quizá saquemos algo en claro.

—Ponte cómodo, Dick —dijo, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Te será más fácil ordenar tus ideas... Lo hice.

La miré; la cabeza inclinada hacia arriba, con las dos manos bajo la nuca, Diane tenía los ojos clavados en el techo, y su expresión era ensimismada. Tomé el paquete de cigarrillos de la mesita de centro, encendí dos, le puse uno en la boca y pregunté:

—¿Puedo saber qué estás pensando?

Sacó una de las manos de debajo de la cabeza, tomó el cigarrillo de sus labios, yladeó la hermosa cabeza rubia para mirarme.

—En todo esto, Dick. En Beverly, en Larry, en el *marshall*... En fin, en todo esto. Repasando todo lo que hemos dicho, todo lo que ha ocurrido entre los dos, entre todos, hasta el momento presente, y no saco nada en claro, nada que pueda servir. Fumé en silencio unos cuantos segundos.

—Tal vez —dije pensativamente—, haya algo que no me has dicho de Larry.

—Larry, como todo ser anormal, era extraño. Simpatizaba conmigo como casi con todo el mundo, salvo, quizá, con su hermana; pero esto no sirve para nada.

—¿Quieres decir que no se llevaba bien con Beverly?

—Ni bien ni mal; no parecía serle muy simpática tu acompañante ocasional, Dick, querido.

—¿Y a qué se debía esa antipatía?

—Eso es algo que tampoco sé. Era, como son esas cosas; porque tenían que ser.

Me incorporé, mirándola atentamente.

—¿Qué me estás ocultando, Diane? —inquirí.

—¿Ocultarte...? —Y había sorpresa en sus ojos y en su voz—. Nada, Dick, absolutamente nada. ¿Por qué?

—No lo sé —respondí—. Tú eres la socióloga, la psicoanalista, y

no yo. Si se escapó de tu mente, por cualquier causa, eso es algo, compréndelo bien, que yo no puedo saber en modo alguno —hice una pausa e inquirí—: Dime, Diane, ¿alguien más, aparte de la hermana, por el que Larry sintiera antipatía?

Encogió los bellos hombros, apagó la punta del cigarrillo contra el cenicero, y se volvió a mirarme.

—No, Dick —dijo—. Nadie que yo recuerde, por el momento. Se me abrazó.

Era muy entrada la mañana, cuando abandoné su casa.

Ya en la calle, sobre la acera, miré a mi alrededor y luego descendí a la calzada y empecé a cruzar la calle en diagonal. La idea vaga que me asaltara la noche anterior, había tomado ya en mi mente una consistencia aterradora, y tenía que hacer algo; algo que diera fin a parte de aquello; desgraciadamente, no a todo, pero sí a una gran porción. Es decir, si mi idea era la correcta, si no estaba en un error.

Vi la casa de Don Murray poco después, me detuve muy cerca, y consulté mi reloj de pulsera.

Las diez y treinta minutos de la mañana.

Era aún demasiado temprano, juzgué, para ir a visitar a cualquiera. Me corría prisa, una prisa enorme, pero era demasiado temprano, por lo que retrocedí sobre mis pasos, y busqué un bar.

Media hora me llevó tomar un bocadillo y una lata de cerveza, y luego, de nuevo, encaminé mi anatomía hacia la casa de Murray.

Llamé, utilizando el blanco botón del zumbador.

Me abrió él mismo.

Un tipo alto, de unos veintisiete a treinta años de edad, en zapatillas, y cubriéndose con una bata de casa, de esponjosa seda. Las zapatillas eran, quizá, de fabricación mora. Tal vez de Marruecos o de cualquier lugar análogo.

Me miró durante unos segundos y, de pronto, sin darme tiempo a pronunciar palabra, se apartó a un lado y me indicó el interior de la casa, con un amplio ademán de su mano.

—Pase,

O'Brien

—dijo—. Porque usted es

O'Brien,

¿verdad?

Asentí, con un mudo gesto de cabeza.

—Sí, así es —dije después.

—Por aquí, por favor.

Me indicó el camino del *living*, y luego que me sentara.

—Quiere saber algo relacionado con la muerte de ese *hippy*, ¿verdad?

—Sí, a eso vine.

—Podría decirle que ya hablé con la policía,

O'Brien

—me sonrió—, pero no voy a hacerlo. El motivo por el que Joe estuviese en mi cabaña, hasta el momento, es un misterio para mí —me miró pensativamente, sin que yo dijera nada, y prosiguió, al cabo de unos segundos de silencio—: Sé, o casi podría asegurarlo, que mi embarcadero sirvió al asesino de Larry para que lanzara su cadáver al mar. Por lo menos, ése es el criterio que comparte el *marshall*, y con él, toda la policía local. Tal vez Joe sabía o vio algo que le hizo pensar en un posible chantaje contra el que fuese, y le costó la vida.

—¿Estuvo usted en su cabaña de la playa, el día en que mataron a Joe?

—Sí, por supuesto —y su sonrisa se amplió—. Tengo una lancha motora, ¿comprende? Me gusta pasear por el mar cada vez que puedo, y ayer también lo hice. ¿Una coartada? Por supuesto que la tengo, e irrefutable, según creo. Llevé allí a una amiga mía, con la que pasé un par de horas en la cabaña, y luego, ambos como a la ida, iniciamos el regreso juntos. Pero no me pregunte el nombre de la dama porque, lo mismo que a la policía, tampoco se lo diré a usted. Si hay una detención, la mía, por supuesto, y se me obliga a declarar bajo juramento, entonces ya no podría silenciar el nombre. Pero, como digo, si no se me obliga por ese medio u otro análogo...

—¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo?

—No, desde luego —me respondió—, pero sí del móvil.

Le miré con sorpresa.

—¿Por qué le mataron, según usted? —inquirí.

—Pudo ser, en primer lugar, por lo que ya le dije antes. Pudo ser también que, en uno de sus muchos burlones juegos a costa de Larry, él fuera quien le hizo fumarse un par de cigarrillos de

marihuana, y éste, medio loco, se lanzara contra cualquier persona de las muchas que odiaba, si es que un retrasado mental puede sentir odio o antipatía por alguien, y aquélla, asustada, le diera un golpe, que puso accidentalmente fin a su vida. Quizá, como diversión, el *hippy* le siguió, a fin de ver los resultados de su «genial» broma, y lo vio todo. Fue entonces cuando ideó el chantaje... y el asesino le pegó un tiro, como pago.

No dije nada, en unos segundos.

CAPÍTULO IX

—¿Qué puede decirme de su hermana —inquirí luego—; de Beverly?

—Ella tiene un amigo, que la protege.

—Sé todo eso, míster Murray —atajé—. No era ése el sentido de mi pregunta. Me refería a las relaciones que sostenía ella con su hermano.

—Eran francamente malas —repuso con suavidad.

—¿Quiere decir que Beverly le maltrataba?

—¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Beverly hacía todo cuanto podía por atraerse a Larry, y éste era díscolo, incluso agresivo, en ocasiones, con ella. No le era muy simpática su hermana, y nadie sabe por qué. Incluso eso preocupaba a la doctora West.

—A propósito de *mistress* West —le interrumpí—: ¿Qué puede decirme de ella?

—Es una gran mujer, que tuvo una desgracia en Filadelfia —y recordé entonces a Jim Forrest—, a raíz de la cual, vino aquí. Es una gran mujer, si le sirve de algo mi opinión personal. La conozco, desde luego. Hemos salido juntos varias veces. Incluso estuvimos en más de una ocasión en mi cabaña de la playa, pero no es un amante lo que busca ella, sino un marido... Pero un amante, de ningún modo. Por eso nuestras relaciones de amigos, que yo deseaba convertir en algo más profundo, más íntimo, se enfriaron bastante, hasta tal punto que, si bien me saluda, pues nos movemos en el mismo círculo, y éste es un pueblo pequeño, jamás, desde entonces, ha aceptado una invitación mía para salir. Con Larry, se llevaba estupendamente bien. Estaba tratando de enseñarle cosas al muchacho, a fin de que, más tarde o más temprano, él pudiera servirse por sí mismo. Sé, también, que en varias ocasiones propuso a Beverly que le internara en uno de esos centros sanitarios, donde Larry hubiese aprendido un oficio cualquiera, pero ella se negó

siempre; y ahora él está muerto.

Me puse en pie.

—Gracias por su amabilidad, míster Murray —dije.

Se levantó a su vez, y respondió:

—Lo único que lamento es no poder serle a usted de mayor utilidad,

O'Brien.

Y venga por aquí cuando quiera, y, si no estoy, espéreme en el Búho, donde suelo ir, a veces, o tome el camino de la cabaña. Todo será que esté ocupado y no le deje entrar.

Me acompañó a la puerta. Ya con la mano en el tirador, me volví a mirarle.

—Dígame una cosa, míster Murray —dije—, ¿dónde se encontraba usted la noche en que mataron a Larry?

—Me estaba preguntando a mí mismo,

O'Brien

—me respondió con perfecta calma y con una sonrisa—, cuánto tiempo tardaría usted en formularme esa pregunta.

—¿Y la respuesta...?

—No hay otra, sabueso. Les dije la verdad, a ellos y a usted. ¡Ojalá hubiera estado aquella noche en la cabaña, y bien acompañado!

Salí, después de estrechar su mano, y darle nuevamente las gracias. O yo era un completo imbécil, o Don Murray estaba diciendo la verdad.

Salí a la calle, como he dicho, y busqué una cabina telefónica. Tres minutos más tarde, estaba hablando con Filadelfia.

—¿Qué has pedido averiguar respecto a *mistress* West? —pregunté, tan pronto como Jim se encontró al otro lado del hilo.

—Nada en particular, Dick —me respondió—. Todo parece correcto entre ella, el centro psiquiátrico y las relaciones que la unían a su marido. El tuvo un accidente, en el que perdió la vida. Es decir, iban los dos en el coche, y *mistress* West llevaba el volante. Hubo un accidente, y el marido perdió la vida. Ella sufrió un fuerte *shock*, que la tuvo interna unos cuantos meses, y luego solicitó la baja. Aún lamentan, en el hospital, su marcha. En definitiva, una gran mujer, al decir de todos cuantos la conocen, y una gran psicóloga, a pesar de que también opera en el campo de la

psiquiatría.

Aquello estaba en completo acuerdo con las palabras de Murray, por lo que no tuve nada que objetar. También borraba de mi mente ciertas dudas, por lo que ahora tal vez mi campo fuese un poco más fácil. No se podía mezclar, sin cometer luego un error, el amor y un caso de asesinato; ahora dos.

Abandoné la cabina, puse el pie en la acera, y uno de los dos agentes uniformados me dijo:

—El *marshall* quiere verle,

O'Brien.

—Tengo una cita importante —dije, esperanzado.

—No hay, aquí, nada más importante que el *marshall*. ¿Nos acompaña?

—Claro —dije—; estaba seguro que ésa sería la respuesta que me darían ustedes.

Encontré a Lass Preston en el lugar de siempre, sentado tras la mesa de su despacho, entre papelotes y papelotes.

—Siéntese,

O'Brien

—dijo.

Lo hice sin pronunciar palabra, por lo que él prosiguió:

—¿Qué fue lo que ocurrió anoche?

—¿Anoche...? —Y estaba pensando ahora en Beverly—. ¿Dónde, *marshall*?

—Con la doctora West. Sé que sufrió un atentado cuando estaba acompañada por usted.

—¿Se lo ha preguntado a ella?

—Se lo estoy preguntando a usted,

O'Brien

—me respondió Preston un tanto secamente—. Responda, ¿quiere? ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

—En realidad, *marshall* —retruqué—, no se lo puedo decir. Alguien, desde el interior de un coche, cuyo número de placa no pude ver, porque mi interés en aquel momento se centraba en lanzarme contra ella, a la que derribé al suelo, le disparó un par de veces o tres. Si busca cerca de la casa, posiblemente encontrará los impactos de las balas.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Sí...? —dije un tanto sorprendido—. ¿Quiere decirme ahora, *marshall*, quién denunció el hecho?

—Fue una llamada telefónica, efectuada esta misma mañana.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sabemos. Posiblemente, para desfigurar la voz, tapó la bocina con un pañuelo u algo análogo. Y ahora dígame,

O'Brien,

¿por qué no nos avisó usted?

—Primero porque ya tenían bastante trabajo con lo ocurrido en la cabaña de Don Murray, y luego porque se me olvidó.

No objetó nada Preston a aquello, por lo que me sorprendí. Y formulé a continuación una pregunta, en vista de que no decía nada:

—¿Qué ocurrió con los tres *hippies*, *marshall*?

—Los solté, pero antes creo que les exprimí como a un limón. Ninguno de ellos sabía dónde fue Joe, hasta que se enteraron, por mí, de que había sido asesinado. Joe recibió una llamada, y les dijo que era un asunto importante y que tenía que ausentarse del taller durante unas horas. No he podido sacarles ni una palabra más. Sé que puedo detenerles por sospechas, por cualquier causa, por lo que se me ocurra, pero a las veinticuatro horas tendría que soltarles.

—Volviendo a lo de antes, *marshall* —respondí—, ¿qué había entre Larry y su hermana?

—Nadie lo sabe. Ni la propia Beverly. Sencillamente, Larry no le tenía simpatía alguna y, si se la tenía, era tan poca que la muchacha apenas si se daba cuenta. Y a propósito de Beverly, O'Brien,

voy a pedirle que la deje en paz.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—He recibido una queja del dueño del Búho, ¿comprende? Dijo que usted la había estado molestando y que quiere que no vaya más por allí. Eso quiere tan sólo decir una cosa; él sabe lo ocurrido entre usted y ella, y no quiere profundizar más. No desea tener un altercado con usted, donde posiblemente las cosas irían a mayores, ¿entiende? Olvídese, pues, de ella, y dedíquese a la doctora West.

—¿También sabe eso?

—En este pueblo es difícil mantener las cosas ocultas durante mucho tiempo.

—Sí, al parecer es así, *marshall* —respondí pensativamente—. ¿Alguna otra cosa?

—No, por el momento, no; pero me gustaría que si *mistress* West o alguien a quien usted conozca, y está entonces cerca de ese alguien, sufre un atentado, aunque no ocurra nada, me lo comunicará de inmediato,

O'Brien.

—Le pido disculpas, *marshall* —repliqué—. Lo haré de este modo.

Me levanté, yendo seguidamente hacia la puerta.

—Un momento,

O'Brien.

—Dígame, *marshall*.

—¿Sabe algo más que no me haya dicho?

Forcé una sonrisa.

—Nada en concreto, y le estoy diciendo la verdad. Sencillamente, me puse en contacto con un detective privado de Filadelfia, amigo mío, y le pedí que investigara un poco en torno al accidente del marido de *mistress* West. No había nada oscuro en aquel accidente. Por lo demás, en estos dos casos, sé tanto como usted pueda saber ahora.

Abandoné seguidamente el precinto de policía, sin que Preston hiciera ahora nada por impedírmelo.

Miré el reloj; la una de la tarde.

Encaminé mis pasos hacia el hotel, para comer, y entré en el comedor, esperando ver allí a Diane, pero mi intuición falló ahora de un modo lamentable, pues, en su lugar, también sentado a una de las mesas, se encontraba Larry Thompson.

No me acerqué, ni siquiera hice un gesto de reconocimiento. Busqué con los ojos otra que estuviese vacía, y me senté allí, haciendo una seña a la camarera, que me dedicó una sonrisa y un gesto de asentimiento, que sobre poco más o menos quería decir que me esperara un poco, que me serviría tan pronto como pudiese o tan pronto como estuviera hecha la comida, por lo que me dispuse a esperar.

Fue muy poco, pero no precisamente a causa de la comida, sino porque, tan pronto como lo hube hecho, Thompson abandonó el lugar en que se sentaba y vino a mi lado.

—¿Puedo sentarme,
O'Brien?

—preguntó.

Le indiqué con un gesto la silla que había frente a mí.

También fue muy poco, pues él fue directamente al grano, y sin ambages de ninguna clase.

—Estuve hablando con Preston —dijo.

Continué callando.

—Le dije que no deseaba verle más en compañía de Beverly Dunn, y ahora se lo digo a usted.

—Cátese con ella, Thompson —repuse sordamente—, y es posible que haga caso a su sugerencia.

—¿Lo que en otras palabras quiere decir...?

—Escuche —le interrumpí—; nada hay entre Beverly y yo, y nada habrá nunca, por lo que usted se crea o dejé de creer, ¿comprende? Nada, absolutamente nada... y no por miedo a usted. Ni es su mujer ni su prometida, lo que en particular a mí no me dice nada.

Y ahora, buenas tardes.

Se puso en pie, y vi que las venas de su cuello y frente estaban hinchadas.

—De acuerdo,

O'Brien

—masculló entre dientes—. No diga que no le avisé. Y no vaya tampoco por mi establecimiento; no me agrada su presencia allí, ni en el pueblo.

—Ciérrelo, Thompson —dije—. Es público, y tal vez vaya esta noche, solo o acompañado.

—No lo olvide —fue la respuesta que obtuve de él, unos segundos antes de que diera media vuelta y se alejara, no hacia la mesa en la que estuvo esperándome, sino hacia la calle.

Sabía que tenía que verla; era necesario, de todo punto, que tuviera una nueva conversación con ella; una sola, mal que le pesara al propio Thompson. Una sola conversación, que podía efectuarse, si es que no la encontraba en todo el día, aquella misma noche, y precisamente en el Búho.

CAPÍTULO X

Casi terminaba de comer cuando se me acercó la camarera.

—¿Míster

O'Brien...?

—¿Sí...? —dije.

—Perdone, pero me olvidé de advertirle en el mismo momento en que llegó.

—¿Qué es lo que tenía que advertirme?

—Bueno, una persona ha estado telefoneando durante toda la mañana, preguntando por usted. No quiso dar su nombre, pero sin duda alguna es un hombre. Aseguró que era importante, y que le dijéramos, tan pronto como viniera, que volvería a llamarle a las tres y treinta de esta tarde.

—Gracias, Mónica —respondí a la muchacha—. Tan pronto como termine de comer subiré a mi habitación. Pásame la comunicación allí, si es que en verdad llama a esa hora, pues a las cuatro tengo que volver a salir.

Estaba pensando de nuevo en Beverly cuando pronuncié aquellas palabras.

Ya en mi habitación, me dejé caer sobre el lecho, completamente vestido, para pensar una vez más en todo aquello. Había veces en que creía tener en mis manos todos los hilos de aquella trama, y otras se me escapaban, y en mi mente no quedaba nada, absolutamente nada; sólo el recuerdo de la doctora West.

No obstante, una cosa sí había de cierto en todo aquello; el atentado que hubo la noche antes contra Diane West. Estaba seguro de quién lo había efectuado y por qué; estaba seguro también de que era el primero y de que iba a ser el último.

El timbre del teléfono me interrumpió al llegar a aquel punto, por lo que alargué la mano, tomé el auricular y lo pegué a mi oído.

—¿Sí...?

—¿Dick

O'Brien,

ese polizonte que está haciendo preguntas y más preguntas?

—Sí, así es. ¿Qué quiere y quién es usted?

—Vamos por partes, sabueso —repuso la voz, completamente desconocida para mí, lo que me hizo sospechar que el *marshall* tenía razón; el tipo aquel desfiguraba la voz con un pañuelo o con un trapo envolviendo la bocina—, quiero treinta de los grandes por darle una información.

—No tengo esa cantidad, y usted debe saberlo.

—Pídasela a la doctora West. Ella sí los tiene... y tendrá mucho gusto en facilitárselos a su amiguito de turno. Vamos, sabueso, ¿qué le pasa a usted? ¿Es que tiene miedo de averiguar la verdad, de saber cuál es la verdad que está buscando? Pues yo, la sé. Sé quién drogó al tonto del pueblo y quién le mató. Incluso por qué, y eso vale treinta de los grandes. ¿Qué me responde?

—Una cantidad como ésa requiere tiempo.

—*Mistress* West puede tener eso o más en su casa. Esta noche, a las doce, o no habrá información. ¡Ah!, incluso puedo decirle quién mató a Joe, y por qué. Eso forma parte de la historia. ¿Se decide o cuelgo...?

—¡Espere!

—¿Sí...?

—Correcto, lo intentaré. ¿Dónde puedo llamarle?

Se echó a reír.

—En ninguna parte, sabueso. Yo me pondré en contacto con usted. Y fuera policías.

Uno solo, que vea a su lado, y la información se la llevará el diablo.

—¿Dónde me llamará y a qué hora? ¿Aquí, al hotel?

—Por supuesto que no. Hay una cabina telefónica muy cerca del Búho. Tome un periódico cualquiera, a las ocho de esta tarde, póngase allí y espere a que suene el teléfono de la cabina. Entonces le daré instrucciones, si es que ya tiene el dinero.

Colgó antes de darme tiempo a formular alguna pregunta más.

Abandoné la cama.

Unos minutos más tarde abandonaba también el hotel, para encaminar seguidamente mis pasos hacia la casa de Beverly.

Me abrió ella misma, y sus ojos, al verme, experimentaron sorpresa.

—¡Diablos, Dick! —exclamó—. Confieso que no te esperaba ya más por aquí. Vamos, pasa y no te quedes ahí parado.

Entré, yendo directamente al *living*. Al volverme para mirarla, con un ligero grito Beverly me cayó en los brazos, y el beso entre los dos se hizo interminable.

—Siéntate, ¿quieres? —dijo un par de minutos después—, te serviré una copa.

Fueron dos *whiskys*, uno para ella y otro para mí. Me dio uno de los vasos y, con el suyo en la mano, se sentó frente a mí. Estaba deliciosa, quizá por eso me llevé algo precipitadamente el vaso a los labios.

Al hacerlo, Beverly preguntó:

—¿A qué has venido, Dick? ¿Es que ya has descubierto al asesino de mi hermano? ¿O vienes a decirme, sencillamente, que vas a casarte con la doctora West?

Contesté a una sola de sus preguntas, a la que en realidad me interesaba en aquel momento.

—¿Quién te ha dicho que *mistress* West...?

—Vi a Diane esta misma mañana, Dick —me interrumpió—. Ella me dijo que, después de vuestra visita de anoche al Búho, estuvisteis tomando unas copas por ahí, y que te llevó luego a su domicilio.

—Eso no quiere decir nada, Beverly.

—No, por supuesto que no —me miró pensativamente y preguntó—: ¿Has averiguado algo respecto a...?

—Tengo idea del cómo y del porqué lo hicieron, pero nada serio aún.

—Entonces, Dick, ¿a qué has venido? Ya ves que con ésta son dos veces las que te lo pregunto.

Tomé el vaso y bebí un poco antes de contestar, y confieso que cuando lo hice desvié los ojos de los suyos.

—A comunicarte algo importante, muchacha —dije—; algo respecto a la doctora West —hice una ligera pausa, y proseguí en vista de que ella no decía nada—: Ella no fue quien drogó a tu hermano ni quien le mató más tarde, ¿comprendes?

—¿Cómo estás tan seguro, si aún no sabes quién es el asesino?

—¿He dicho acaso que no lo sepa, Beverly? Puedo saberlo, lo sé, desde luego, aunque no pueda probarlo por el momento. Tengo la evidencia, sí, pero me faltan las pruebas, que no tardaré en conseguir.

—¡Me estás mintiendo, Dick!

La miré entonces.

—No, y tú lo sabes —respondí secamente—. Como sabes también que *mistress* West no mató a tu hermano, ¿entiendes? No fue ella, por lo que tendrás que guardar esa pistola, muchacha.

—¿Que tendré...? ¿Quééééé...?

—Me has oído perfectamente. Escucha, Beverly, confieso que hasta hace poco no supe, en realidad, por qué habías ido tú a aquel motel, conduciendo el «Mercedes» de Thompson —hice un gesto con la mano para interrumpir lo que me iba a decir en aquel momento, y continué—: Ibas a matar a la doctora West. Ibas a hacerlo, creyendo que ella estaría sola. Cuando te dijeron, en recepción, que la acompañaba un hombre, durante unos instantes no supiste lo que hacer, y luego pensaste que tal vez era el detective privado que ella pensaba contratar en Filadelfia, y que sería peligroso hacer, en aquel momento, lo que te habías propuesto. Llevada entonces por tu propia curiosidad en parte, y en parte también por el miedo de que alguien viese el coche que conducías, el «Mercedes», y que Juego, si ocurría algo más tarde, lo recordara, se acordara del hecho, decidiste hacerte ver, y viniste a mi habitación, pensando también que la doctora y yo estaríamos juntos. Contaste aquella historia... y hasta anoche que, conduciendo cualquier coche de los de por aquí, trataste de matarla disparando a través de la ventanilla y, si no lo conseguiste, fue por una casualidad.

Esperé a que dijera algo, pero tampoco lo hizo; se limitó a tomar el vaso y a casi apurarlo de un sorbo.

Continué diciendo entonces:

—Ya poco más queda que decir, Beverly. Sencillamente que no voy a denunciarte al *marshall* por intento de asesinato, que voy a guardarme esto para mí, pero pon tú también algo de tu parte. Fuiste siempre una buena amiga de *mistress* West, y ella lo es aún tuya. Te quiere casi tanto como quiso a tu hermano, ¿entiendes? Guarda esa arma, Beverly, porque ella no le mató. De eso puedes

estar segura.

Tomé el vaso y terminé con el licor, poniéndome en pie. Me imitó, y ambos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos.

—Puedes quedarte si lo deseas, Dick —dijo con un hilo de voz—. Estoy libre hasta la hora de mi actuación en el Búho.

Negué con la cabeza y dije luego:

—Queda Thompson, Beverly.

Se puso furiosa.

—Larry no cuenta en esto, jamás ha contado. Me ayudó mucho, cierto, y de no ser por él no sabría decirte qué habría ocurrido con mi hermano, pero nada más. El pidió un precio y recibió el pago, pero no soy un mueble o una pieza de museo que se puede cambiar e incluso subastar al mejor postor. Soy un ser humano como tú mismo, o como él. Ahora..., ahora...

Me acerqué a la puerta sin contestar.

—No te molestes en acompañarme, Beverly —dije—, que ya sé el camino. Y perdona, muchacha, pero no puede ser. Ya no puede ser.

Abrí la puerta.

—Dick...

—¿Sí...?

Me volví a mirarla; Beverly me estaba sonriendo.

—Gracias por todo —dijo—. No lo olvidaré, no te olvidaré a ti tampoco. Y... y... voy a guardar esa pía tola, ¿comprendes?

No dije nada, y salí definitivamente de allí.

Consulté el reloj en la calle.

Las ocho menos cuarto.

Empecé a andar. En un establecimiento de periódicos compré uno y, con él bajo el brazo, me acerqué a la cabina indicada. Desplegué el diario ante mis ojos y esperé.

No sé cuánto tiempo, hasta que, de pronto, el timbre del teléfono sonó a mi espalda. Abrí la puerta de la cabina, entré y, cerrándola luego, descolgué el auricular.

—Dígame...

—

¿O'Brien,
el sabueso?

—¿Usted qué cree?

—¿Tiene la «pasta»? —Y se echó a reír.

—Sí, así es. Costó trabajo, pero la conseguí.

—¿Qué clase de billetes?

—De veinticinco y de cincuenta, usados.

Hubo un pequeño silencio al otro lado del hilo, y repentinamente empezó a preguntar:

—¿Es cierto que los tiene?

—¿El qué, los billetes? Ya le dije que sí. Ahora, si no me cree, el problema es suyo y no mío. ¿Dónde se hará la entrega?

Debió dudar una vez más, pues el silencio de ahora fue aún mucho más largo que el anterior; hasta que finalmente lo interrumpió:

—Esta noche, a las doce, en la cabaña de míster Don Murray. Ya sabe dónde se encuentra.

—¿Y cómo sabe usted que él no estará allí?

—Ha tenido que ausentarse de la ciudad. Me he informado bien —y volvió a reírse—. No iré esta noche a la cabaña. A su acompañante no le gusta el mar. Como ve, estoy enterado de todo.

—Bien —dije—, de acuerdo. ¿Algo más?

—Nada de policía, o no me verá, ni volveré a ponerme más en contacto con usted.

No esperó mi respuesta, cortó la comunicación y, al hacerlo, me vi repentinamente sin tener nada qué hacer, sólo en la calle, en un pueblo donde no tenía amigos, donde no tenía a nadie, salvo a Diane West, si es que en realidad la tenía, si es que yo, para ella, no significaba nada más que un capricho pasajero, y fue entonces cuando opté por encaminarme al hotel, pensando en que la noche que se avecinaba iba a ser movida.

Subí a mi habitación, no sin antes dejar dicho en recepción que me llamaran a las once de la noche.

Creo que me dormí.

Debió ser así, pues recuerdo vagamente que el teléfono estaba sonando, al lado de mi cabeza, desde hacía por lo menos un par de minutos, antes de que me sentara de golpe sobre la cama y lo tomara.

—¿Sí...?

—Míster

O'Brien

—era la voz de la encargada de la centralita del hotel—, son las once de la noche.

Di las gracias y corté la comunicación.

CAPÍTULO XI

Consulté el reloj del *tablier*.

Las once y treinta y ocho minutos; detrás mío, a mi espalda, en su casa, Diane se había quedado un tanto decepcionada y un tanto furiosa al ver que no la dejé acompañarme, pero me había cedido su coche.

Empecé a conducir con una mano, la izquierda, mientras pasaba la pistola de la funda sobaquera al asiento contiguo al mío, al alcance de mi mano.

Luego, un poco más tarde, detuve el «Jaguar» donde la noche anterior lo detuviera, llevando a mi lado a Diane.

La cabaña de Murray, lo mismo que la noche anterior, también estaba a oscuras. Desde allí, desde la distancia en que me encontraba, no podía ver nada con claridad; tan sólo el embarcadero, pero, como digo, si hubiese habido allí alguien, tampoco le hubiese visto.

Tomé la pistola, la deposité en el bolsillo derecho de mi americana y salté fuera del coche llevando en las manos un portafolios de cuero, lleno de papeles. Desde luego, el mismo efecto causaría de estar vacío, pero lo preferí del otro modo, por si el que fuera se le ocurría sólo sopesarlo, lo que tampoco era muy probable, a no ser que el tipo en cuestión tuviese mucha prisa por desaparecer de mi vista.

Empecé a andar, hundiendo los zapatos en la blanca arena, teniendo ahora a mi izquierda el mar, cuyas olas se deslizaban, mansas, por la playa, en burbujas de blanca y tranquila espuma.

La casa estaba cada vez más cerca; la escalinata ya se distinguía en aquella semioscuridad reinante. El silencio, a pesar de ser roto casi de continuo por el rumor del mar, era sencillamente espantoso.

Cambié ahora de mano el portafolios y hundí la derecha en el bolsillo de la americana, acariciando la culata de la automática con

dedos nerviosos.

Miré a mi alrededor, incluso un par de veces volví la cabeza hacia atrás, pero todo estaba en calma, en silencio; nadie me seguía tampoco.

Llegué a la escalinata y me detuve; lancé primero una mirada a la casa, y luego otra al embarcadero, solitario, vacío, levantando las olas crestas de espuma cuando, en forma intermitente, se estrellaban contra los gruesos pilares y troncos que lo sostenían.

Ni una sola embarcación tampoco en toda la playa, ni una sola en el mar.

Puse el pie en el primer peldaño y empecé a subir.

Un escalón, dos, incluso tres.

Me detuve para escuchar; nada, y fue entonces cuando tuve aquel presentimiento por lo que, de una zancada, terminé de subir los escalones de madera que me faltaban y, repentinamente, me encontré frente a la puerta.

Estaba cerrada; traté de mirar por una de las ventanas. Estaba cerrada también, y el interior a oscuras. No podía gritar, no podía llamar tampoco a nadie, pues no sabía quién fue el que me llamó, al hotel, por teléfono.

Sólo cabía una cosa. Los postigos de madera del interior no estaban cerrados; entonces, al darme cuenta de aquello, de un seco golpe, con el portafolios, hice estallar los cristales, introduje luego la mano por el hueco y descorrí la falleba.

Escuché ahora, miré a continuación a mi alrededor y, ya con la pistola en la mano, me subí al alféizar y salté al interior. Allí, a oscuras, permanecí completamente inmóvil por espacio de unos segundos, y luego busqué el interruptor de la luz.

La encendí.

Media hora más tarde sabía que en la cabaña de Murray, por lo menos aquella noche, no había nadie; tampoco había huellas de pisadas en la arena de la playa ni alrededor de la cabaña; nada, tampoco, en parte alguna.

Regresé al coche con la mente hecha un verdadero caos de pensamientos, y dando la vuelta enfilé hacia Chester, y al hotel, dejando el «Jaguar» de Diane estacionado frente a su puerta principal.

Ni siquiera me cabía el consuelo, dado la hora, de poder tomar

un café en cualquier bar.

Subí directamente a mi habitación; allí me quité la funda con las correíllas, luego de poner la americana en el ropero, y me acerqué a la ventana. Miré hacia el exterior.

Nubes de pensamientos atravesaban mi mente. Hasta ahora, por el momento, en lo único que estuve verdaderamente acertado fue en el asunto de Beverly con Diane; lo demás, aún estaba muy confuso en el interior de mi cerebro.

Un ruido, leve, en la puerta de acceso al dormitorio, me hizo volver la cabeza para mirar.

La doctora West estaba cerrando ahora a su espalda, y luego, sin dejar de mirarme, se apoyó contra la puerta. Entonces dijo:

—Vine a quedarme, si tú no me echas. Dime que me vaya y, si lo prefieres así, te dejaré a solas con tus pensamientos —hizo una pausa, y prosiguió—: Quiero permanecer a tu lado. Dime qué debo hacer, Dick.

Traté de sonreír, pero no pude.

—Eso, pequeña —fue lo que dije—, eres tú quien debe decidirlo, y no yo.

—Yo lo he decidido ya, Dick —se apartó de la puerta y fue a sentarse sobre un sillón, diciendo—: Me quedo. ¡Ah!, ¿sabes?, vengo del Búho. —No dije nada, y Diane prosiguió—: Estuve hablando con Beverly y... y... ¡Es horrible, Dick! Ella..., ella quiso matarme creyendo que yo..., que yo... ¡Oh, Dick!

Y escondió el rostro entre las manos.

Esperé unos segundos, y luego pregunté:

—¿Qué clase de tratamiento suministrabas a Larry, Diane? Me miró, desorbitando los ojos.

—¡Dick! —exclamó—. ¿Qué... es lo que tratas de insinuar?

—¿Yo...? Nada, por supuesto. Simplemente, que me gustaría saberlo. Vamos, Diane, Cuéntamelo, ¿quieres? Eran estimulantes, ¿verdad?

—¡Pero, Dick! ¡Por supuesto que lo eran, querido! Estimulantes para su cerebro, pero en pequeñas dosis. Y le iba bien el tratamiento. Eso puedo certificarlo incluso. Ya había aprendido casi a escribir, y varias veces fui a hablar con Beverly. Sabía que si era internado Larry en un centro especializado, llegaría, si no a ser un hombre completamente normal en ciertos aspectos, sí alcanzaría un

nivel de raciocinio suficiente para poderse valer por sí mismo... y... le mataron antes de que lograra conseguirlo. Y ella, Beverly, creyó que yo... que le asesiné.

—¿Qué clase de estimulantes, Diane? —insistí, dando de lado a todo lo demás.

Palideció un poco y salí en su ayuda, preguntando una vez más:

—Drogas, ¿verdad? ¿Qué clase de drogas?

No se movía, no se ponía en pie, no cambiaba tampoco de expresión. Sólo sus labios cuando me respondió:

—Morfina, entre otros, Dick Tengo..., tengo permiso para almacenar cierta clase de drogas en mi poder.

—En pequeñas dosis se las suministrabas a Larry, según me has dicho, ¿verdad? Dime, Diane, ¿no se te fue la mano un poco la noche en que le asesinaron?

—Dick...

—Vamos, muchacha, contesta de una vez. ¿Qué fue, en verdad, lo que ocurrió? Probaste con un cigarrillo o dos de marihuana. Era un experimento más, ¿es o no es así?

No la apremié ahora; la miraba y sabía que estaba librando una dura batalla, una cruenta batalla consigo misma, y ella sola, Diane, era la que tenía que ganarla o perderla, sin ayuda de nadie.

—Yo no le maté, Dick —dijo, y su voz era ronca.

—Si eso te sirve de consuelo, sé que no lo hiciste *tú*. Vamos, habla, ¿quieres?

Se humedeció los labios con la lengua, suspiró hondo y empezó a hablar:

—Le di un par de cigarrillos de marihuana, Dick, tal y como tú dices. Yo... me reía de verle fumar, y él conmigo. Exactamente como dos chiquillos, mientras iba observando y anotando sus reacciones, papeles y notas que puedo mostrarte cuando quieras. De pronto, cuando más tranquila estaba, entró en «órbita», ¿comprendes? Se puso en pie, le dio una patada a una silla, que lanzó rodando contra una pared, y empezó a gritar: «Eres malo... eres malo... ella... ella... también es mala, y voy a matarte. ¡Voy a matarte...!» Corrió hacia la puerta y traté de sujetarlo; entonces me golpeó a un lado de la cara y caí rodando al suelo. Cuando me recobré fui tras él, pero, cuando llegué a la calle, con los brazos encima de su cabeza, gritando, cojeando fuertemente, Larry doblaba

la esquina. Empecé a correr cuando oí nasos detrás de mí. Me detuve, asustada, y me volví. Era ese *hippy*, Joe. «Oye, cosita linda —me dijo—, ¿qué le ocurre a ese loco?». «No lo sé —le respondí—, pero, por favor, vaya por él y haga lo que pueda. No... no sé lo que puede...». Se fue tras sus pasos. Luego, más tarde, vino. Aún me encontraba en la puerta cuando me dijo: «Tú, cosita linda, el tipo ése se perdió de vista. ¿Sabes? No sé dónde diablos se ha podido meter».

—¿Cuánto tiempo tardó Joe, si lo recuerdas, en regresar a tu lado?

—Es difícil de predecir, de afirmar, dado el estado de mi ánimo en aquel momento, Dick, pero quizá se acercó mucho a una hora. Sí, tres cuartos o una hora.

—¿Por qué no me explicaste todo eso antes, muchacha? ¿Por qué tampoco se lo contaste a la policía?

—Me hubieran acusado de asesina. Yo drogué a Larry, éste me atacó y le maté de un golpe. Eso es lo que hubieran dicho. Por eso me lo callé, me lo guardé para mí. Luego, cuando Beverly me telefoneó para preguntarme por Larry, le dije que estuvo, naturalmente, conmigo, pero que se marchó más tarde —hizo una breve pausa y continuó explicándose—: Empecé a tener miedo de Joe cuando nadie dio razón alguna sobre Larry, cuando todos empezaron a buscarle, pero el *hippy* nada sabía; nadie sabía tampoco nada, y yo me sentía cada vez más responsable, por lo que decidí ir a Filadelfia. El resto ya lo sabes. Fue... fue un error por parte mía que jamás olvidaré. Un error...

Primero mi... mi... y ahora Larry.

Ocultó el rostro entre las manos, y respondió:

—Y volviste a asustarte cuando asesinaron a Joe, ¿verdad?

Me miró; tenía lágrimas en los ojos y yo no sabía cómo consolarla.

—Sí, así es. Si decía a la policía todo cuanto sabía, también me hubieran cargado el asesinato de Joe. Joe le vio salir de mi casa corriendo, como loco, y... y... luego trató de hacerme chantaje tan pronto como le encontraron muerto en la playa, y le pagué con un tiro. Eso es lo que hubieran dicho.

—Había algo en tu favor. Lo hay aún —dije—. Larry, antes de ir al lugar donde le mataron, entró en un bar, y el dueño corrobora tu

declaración; estaba como loco, gritando, aullando, levantando las manos hacia el cielo... y corriendo de aquí para allá sin, al parecer, importarle mucho su perenne cojera.

—Había más, Dick, mucho más. Sus palabras, cuando escapó de mi casa, ¿recuerdas? Decía que «él y ella eran malos... y que iba a matar...». Yo creí que... que se trataba de Beverly. Ella y él no se llevaban bien, sin que sepa aún la causa, y creí que se refería a ella. Ahora..., ahora...

—Ya no estás tan segura, ¿verdad?

Me miró fijamente, y de pronto volvió a abrir los ojos hasta el paroxismo, y supe, sin lugar a dudas, que la rubia doctora West había llegado a la misma conclusión que yo.

—Dick, ¿no será..., no será...?

—Es eso mismo que estás pensando, Diane. No se trataba de Beverly, a pesar de que ella también tenía parte de culpa en los sentimientos de su hermano hacia ella misma. De modo inconsciente, si tú quieres, pero también era culpable según la mentalidad de Larry. Esto me da la certeza de que Larry, seguido de Joe, fue hacia aquel lugar y atacó primero. Fue golpeado y, casi en presencia del *hippy*, muerto. Luego éste trató de hacerle chantaje al asesino y se encontró con un balazo.

—¿Y ahora...?

Fue a contestar, y en aquel momento me interrumpió el timbre del teléfono, que tuvo la virtud de sobresaltarnos a los dos.

Me acerqué después de lanzar una fugaz mirada a Diane, pensando que tal vez era el mismo hombre que me citara en la cabaña de Don Murray, cita que no se celebró, sin que hasta el momento supiera la causa.

Levanté el auricular.

CAPÍTULO XII

No era él, por supuesto; era la policía.

—

¿O'Brien...?

—dije que sí, y continuó—: Soy el *marshall* Preston. Vístase, y dese una vuelta por el precinto. Es importante.

—¿Tan importante como para que no pueda usted esperar a mañana?

—Escuche,

O'Brien,

sabemos que hay una señora con usted cuyo nombre no nos importa..., pero tiene que venir ahora. Ella puede esperar. Es una mujer muy inteligente, y no le importará mucho. Vamos, hable con ella y venga lo más pronto que pueda.

Cortó la comunicación y me volví a mirar a Diane, mientras depositaba blandamente la bocina sobre su soporte.

—¿Quién era? —me preguntó—. La policía, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Por simple intuición, querido. Soy psicóloga.

—Pues tu psicología ha fallado conmigo.

—¿Sí...? —me preguntó con los ojos de nuevo llenos de regocijo—. En ese caso, ¿quieres decirme qué hacías la otra noche en mi casa, y explicarme por qué deseas tenerme ahora aquí, a tu lado?

Me batí en retirada, diciendo:

—Era la policía. El *marshall* Preston. No sé lo que ha ocurrido, pero me pide que vaya a verle ahora mismo.

—¿No irás a..., a...?

—Irá la policía, si me prometes una cosa.

—¿Y es...?

Me acerqué a ella, y puse las manos en sus hombros.

—No moverte de aquí hasta que regrese.

—Lo haré así...

La besé, interrumpiendo el resto de su frase, tomé el sombrero, que me encasqueté, la funda con las correíllas y la pistola, y luego la americana, que me puse. Salí a continuación, dejándola sola.

Preston, en unión de un agente de uniforme, me estaba esperando en la puerta del precinto, junto a un coche patrulla.

—¿Adónde vamos? —pregunté tan pronto como me encontré frente a los dos.

—Suba y se lo diré por el camino —me replicó el *marshall*—, aunque sí puedo adelantarle algo. Le reservo una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Luego,

O'Brien.

Luego.

Entramos los tres en el coche, el agente de uniforme frente al volante, y Preston y yo en la parte trasera.

—Vamos a una milla escasa de Chester —me indicó apenas si el conductor despegó el coche del bordillo de la acera—. A la Morgue. Tengo allí un «fiambre» al que usted ya conoce.

—¿Sí...? ¿Quién es?

—¿No lo sabe usted?

—Si lo supiera, *marshall* —repuse con voz seca—, tenga por seguro que no se lo estaría preguntando ahora. Vamos, Preston, basta de bromas, y dígame de una vez de quién se traía.

—Después.

No contesté, por lo que el silencio en el interior del vehículo se hizo espeso hasta que llegamos.

Le vi poco más tarde, dentro de un cajón de plomo, en la Morgue, con un cartón y un número atado al dedo gordo del pie derecho, y no me gustó el espectáculo. —¿Cómo murió?— pregunté.

—Lo mismo que su amigo Joe. De un balazo que le partió el corazón.

—¿Y los otros dos *hippies*?

—Ya no se encuentran en Chester, pero hay una orden de captura, lo que quiere decir que, dentro de unas horas, no tendrán

un solo rincón dentro del país a dónde ir.

—Y todo esto, *marshall* —pregunté—, ¿para qué?

Me miró como si no me hubiese visto nunca.

—¿Cómo que para qué,

O'Brien?

—preguntó a su vez—. Ese otro *hippy*, Joe, fue muerto de un tiro, porque sabía quién era el asesino de Larry. Sospecho que le mataron porque trató de hacerle chantaje a alguien y, como cosa lógica, explicó lo ocurrido a sus tres compinches, con lo que todos idearon sacar una buena tajada del descubrimiento. Joe murió, por lo que el otro, éste que está ahí, se puso también en contacto con el asesino diciéndole, posiblemente, que Joe se lo contó todo a ellos, y que, por lo tanto, tenía que pagar, y también murió. Los otros huyeron, atemorizados. Es por eso que los estoy buscando. Quiero sentarles en el banquillo para que canten allí todo lo que sepan. Quiero, antes, hacer un arreglo con ellos; el intento de chantaje, si no se ha cometido ya, sólo por intentarlo, apenas si tiene pena en nuestras leyes. Si cantan todo lo que saben, si acusan al asesino, saldrán libres. El fiscal ya me ha hecho esa promesa.

—Siendo así, *marshall*, ¿quiere decirme, ahora, por qué me ha sacado del hotel? ¿Nada más que para decirme esto?

—Bueno, sólo en parte. Voy a necesitar a *mistress* West para la encuesta, y he creído conveniente que sea usted el que se lo diga.

—*Mistress* West —inquirí—, ¿por qué?

—Porque sospecho que, por error, ella y no ese *hippy*, Joe, fue la que dio marihuana a Larry.

—¡Qué cuernos...!

—Deje las palabras fuertes para las ratas de Filadelfia,

O'Brien

—me interrumpió—. Usted es un hombre muy inteligente; recibí informes del Departamento de homicidios de la ciudad, y lo sé, ¿comprende? Siendo así, no cometa el error de tener por tonta a la policía de un pueblo; si lo hace, se estrellará siempre. Y ahora le llevaré de regreso y, por favor, hable con *mistress* West, y trate de convencerla, por todos los medios, para que venga y haga aquí una declaración de los hechos. Pero con la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Sabemos que no cometió delito alguno, pero sí puede cometerlo ahora, por obstrucción a la justicia y por

ocultación de pruebas. Es una gran mujer,

O'Brien,

como ya le dije en cierta ocasión, y no me agradaría tener que ponerme en su contra.

—Haré lo que pueda, *marshall* —respondí, sabiendo que llevaba razón.

Subimos de nuevo al coche patrulla y emprendimos el regreso a Chester.

Ya en la puerta del precinto, Preston me preguntó:

—Dígame,

O'Brien,

¿sabe ya quién es el asesino?

Estuve a punto de sobresaltarme, pero logré contenerme a tiempo.

—No, aún no, *marshall* —dije.

—Quisiera creer eso.

—Pues créalo, ya que es cierto.

—Si usted lo dice... Oiga, ¿dónde va ahora?

—Al parecer, *marshall*, olvida que me está esperando una dama —manifesté, con una sonrisa—. Usted mismo dijo que sabía que estaba allí.

—Cuídela,

O'Brien,

es una gran mujer... y tráigala para la encuesta.

—Lo haré, *marshall*, si es que atrapa a esos dos *hippies*.

—Los cogeré; de eso puede estar seguro.

No respondí; di las buenas noches y empecé a andar hacia el hotel, pero cambié de dirección tan pronto como de mi espalda desapareció el precinto.

Cinco minutos más tarde me encontraba frente a la enrejada puerta de hierro que impedía mi paso hacia la casa en sombras.

Me despojé de la americana mirando a mi alrededor, la lancé luego sobre los pinchos de hierro de la pared, al objeto de no hacerme daño, apoyé las manos en aquélla, y salté al otro lado.

Junto a un macizo de flores me quité los zapatos y, llevando la pistola en el interior del bolsillo del pantalón, y la americana sobre los hombros, me acerqué a la casa.

Tanteé la puerta de entrada; como cosa lógica, estaba cerrada,

por lo que saqué del llavero una pequeña ganzúa, no más gruesa que un alfiler, entre la navaja y el sacacorchos, y tres segundos más tarde me encontraba en el *hall*, con el oído atento. No se oía nada, por lo que accioné el interruptor de la luz.

Al fondo había dos puertas y, en general, la vivienda, interiormente, difería muy poco de la de Beverly o de la de Diane West. Empecé a cruzar el *hall*, ya sin precaución alguna, llegué a una de las puertas y la abrí.

Un dormitorio, pero vacío. Me acerqué a la segunda, pidiendo mentalmente que Beverly no estuviese aquella noche allí. No estaba; sentado en un sillón, casi vuelto de espaldas a la puerta, en su dormitorio, con una pequeña lamparita eléctrica encendida sobre la mesita de noche, se encontraba Thompson, con un libro en las manos.

Se volvió al oír mi respiración, y saltó materialmente del sillón, poniéndose en pie, enfrentándoseme. Se envolvía en una bata, casi hasta las corvas, y llevaba unas zapatillas puestas; sus pies iban asimismo desprovistos de calcetines.

—Oiga, ¡pero qué cuernos...!

—Vístase, que nos vamos, míster Thompson —dije.

—¿Que nos...?

—Es por el asesinato de Larry Dunn, ¿comprende? —dije—. Es, por si no lo sabía, el hermano de Beverly.

No contestó en unos segundos.

—¿Que yo..., que yo...?

—Vístase y, mientras lo hace, Je contaré la historia.

Dio un paso hacia mí y, de golpe, toda su entereza se derrumbó.

—No sé cómo infiernos lo ha sabido,

O'Brien,

pero eso no importa ahora —dijo. Y su voz era ronca—. Sí, es cierto, yo le maté, pero no fue mía la culpa. El muchacho me odiaba. O si no era así, sí sentía una profunda antipatía por mí, y no me explico por qué. Yo siempre había tratado cíe congraciarme con él, sin conseguirlo. Aquella noche... parecía estar loco, cuando se presentó dentro del garaje donde guardo mi coche. Se abalanzó sobre mí gritando que yo era malo, que ella era mala, y que quería matarme. Parecía ser un cíclope por la fuerza que desplegaba, y llegó a lanzarme al suelo un par de veces antes de que yo pudiera

golpearle con una llave inglesa. Luego, más tarde, me di cuenta de que había muerto, de que le había matado y... y... no podía decirle aquello a Beverly. Sea como fuere, amo a esa muchacha. Escondí el cadáver en el portamaletas de mi coche y lo saqué de Chester, llevándolo a la cabaña de Murray, y lo arrojé al mar desde el embarcadero. Tenía miedo de ir a la policía, por lo que aquello representaría para mi debido a Beverly. Cuando me encontraba ya más tranquilo, a pesar de que usted había venido aquí en compañía de *mistress* West, entró en juego aquel *hippy*, Joe. El lo había visto todo, y quería cincuenta de los grandes. Si pagaba una vez, lo haría siempre, hasta quedarme sin nada. Le cité en el mismo lugar, y le maté de un tiro. Iba a echarlo también al mar, pero una pareja de enamorados, que rondaba por allí, me lo impidió. ¡Ah!, usé un silenciador, si no aquella pareja hubiera oído el ruido del disparo.

Empezó a vestirse, luego de que pasamos a su dormitorio, y le oí murmurar entre dientes:

—Lo que nunca llegaré a comprender fue lo que le hice a Larry.

—Enamorar a su hermana: eso fue todo, Thompson —respondí—. Eso cualquier especialista en el tema se lo diría. El cerebro de Larry no funcionaba bien, ¿comprende? Para él todo lo representaba su hermana y la doctora West. Hasta que se dio cuenta de que su hermana le fallaba. Su mente, atrasada, sólo podía comprender una cosa: que Beverly, en vez de tenerle mimos, de hacerle caricias, de qué sé yo, se las hacía a usted. Sospecho que, en más de una ocasión, les vio juntos, y eso produjo en él un fuerte deseo de competir con el hombre que le arrebatava, poco a poco, a su hermana, y, al no conseguirlo, el odio empezó a anidar en su mente, más que en su corazón; odio y antipatía tanto contra usted como contra su hermana. Por eso... aquella noche... le atacó a usted. Sabía, subconscientemente, que si le hacía desaparecer, su hermana sería de nuevo sólo para él.

—Pero ¿por qué me atacó?

—Me temo, Thompson, que a esa pregunta sólo responderá, si lo estima conveniente, el jurado que le juzgue a usted. Y respecto al otro asesinato...

—Ese otro *hippy* —me interrumpió— estaba enterado de todo. Se puso en contacto conmigo, y me pidió trescientos mil dólares. Me dijo que se había puesto en contacto con usted y que iba a

contarle todo cuanto sabía si no pagaba. Le estuve acechando durante horas, hasta que le vi salir en dirección a la playa. Tuve..., tuve... Bueno, ya lo sabe,

O'Brien.

¿Nos vamos?

Dije que sí y salimos, llevándole delante de mí, cubriéndole con el cañón de mi revólver, pero no hizo nada para huir en todo el trayecto hasta el precinto.

Eran sobre las diez del día siguiente cuando abandoné el precinto y al *marshall* Preston, y empecé a andar calle abajo, hacia el hotel.

No fui muy lejos. El sonido del claxon de un coche me hizo detenerme, primero, y volver la cabeza para mirar, después.

La rubia doctora West me sonreía desde el interior del «Jaguar», cuya capota estaba levantada.

Me acerqué, por supuesto.

—Yo..., yo... —empezó—, debo quedarme aún unos días, ¿comprendes? Me necesitan en la encuesta y, posiblemente, más tarde en el juicio. Después..., después creo que volveré definitivamente a Filadelfia.

Poco más hablamos ya, y eso que comimos juntos en el hotel.

La predicción de Diane se cumplió un mes más tarde. Apareció en mi oficina lo mismo que la primera vez, y ahora, al enfrentármese, sólo se le ocurrió decir:

—¿Es que ni siquiera me vas a invitar a que me siente?

Le indiqué uno de los sillones y a mi vez ocupé otro, frente a ella.

—¿Sabes? —dijo mucho antes de que lograra formularle pregunta alguna—. He vuelto de una vez para siempre a Filadelfia. Solicité, en el centro, mi antiguo empleo, y me lo concedieron. Ahora..., ahora...

La interrumpí:

—¿Crees que tu empleo en ese hospital será compatible con el matrimonio y luego con los hijos que ambos podamos tener?

Me dedicó una sonrisa.

—Por supuesto que es compatible, Dick, amor —respondió—. Pero si llegara el caso de que no lo fuera, volvería a presentar mi

dimisión para cuidar de ellos y de mi marido. Si de ese modo...

No respondí; me limité a ponerme en pie, ella hizo lo mismo, y el resto ya se puede suponer.

Más tarde me enteré de que Beverly también había abandonado Chester en dirección, según dijo ella misma, a San Francisco.

FIN

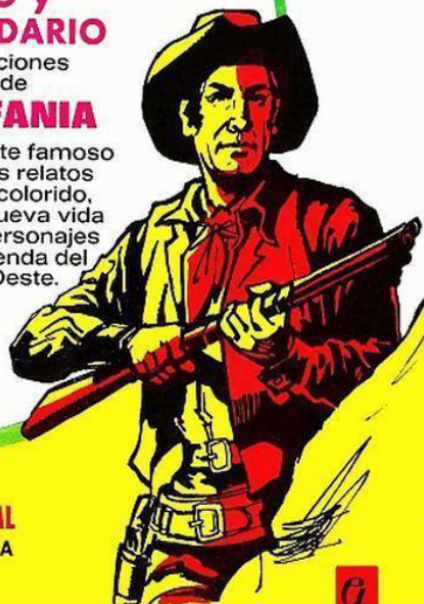
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

